

EL

MUNDO

EDSTRAD

TOMO II

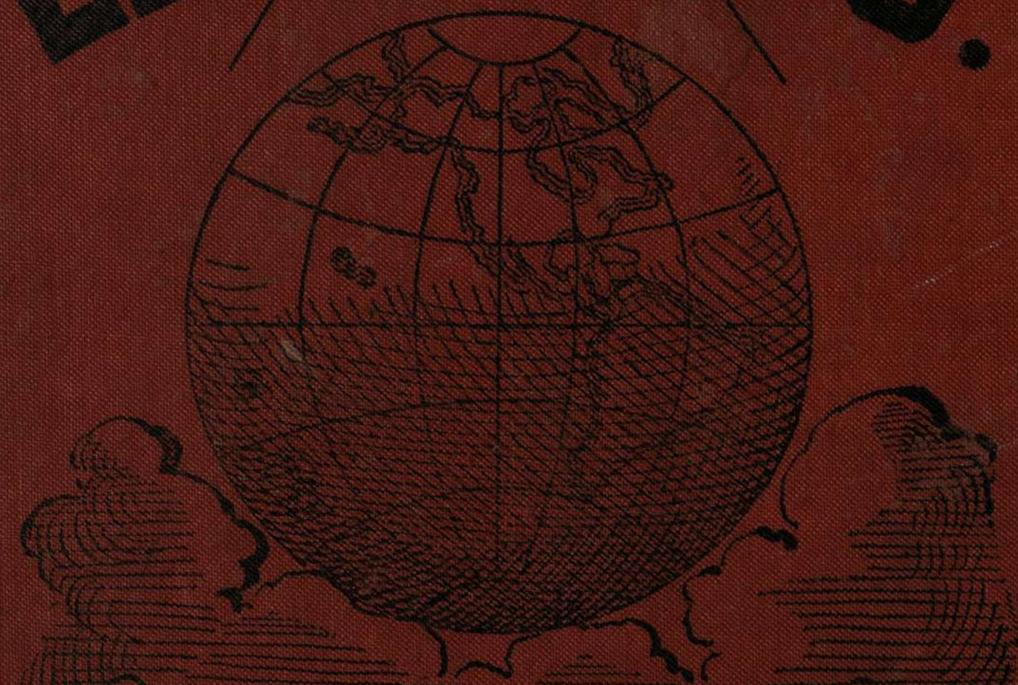
1899

Z-3943

Z - 3943



EL MUNDO.



Semanario ilustrado

MEXICO.

~~Z-R-3555~~

Z-3443

AGENCIA ESPAÑOLA DE
COOPERACION INTERNACIONAL
19 NOV 2009
BIBLIOTECA HISPANICA
Hemeroteca

EL MUNDO.

MN22
0406

Año VI—Tomo II

México, Domingo 2 de Julio de 1899.

Número I

BELLAS ARTES.



ESPERANDO.

DELANCE.

Director: LIC. RAFAEL REYES SPINDOLA.

LA SEMANA

Cuando ha llovido por la tarde y sobre los cielos limpios y brillantes, como mármol recién lavado, comienzan á aparecer las estrellas, es una delicia gozar, en cualquier parte—en una calle desierta, en un balcón abierto ante el horizonte, en el Paseo de la Reforma, en una plazuela de barrio,—de estas blancas noches de primavera, perfumadas y transparentes que adormecen el alma, columpiándose en la hamaca que prendieron de los astros,—¡ay! hace tanto tiempo—nuestras primeras ilusiones.

Yo no sé por qué en estas hermosas noches, más soñadas que vividas, me viene á la memoria un encantador y sencillo y tierno cuento de Erckmann Chatrian, que posee una misteriosa evocación, como si las palabras que lo componen fuesen cabalísticas y estuvieran pronunciadas por algún Merlín todopoderoso? No recordáis aquel idilio, de fuerte sabor alsaciano, que se llama «Gretchen»? Si lo recordáis, porque es de esos que una vez leídos no se olvidan jamás.

Comienza así: «Eran las diez de la noche cuando los bebedores salían de la Cervecería del Cisne. Teodoro hizo como los otros y se alejó silencioso. Las ventanas se cerraban á lo lejos y se oía á las buenas comadres gritar en la noche, cerrando sus postigos: ¡Buenas noches, Orchel! ¡Buenas noches, Giedel! ¡Dormid bien! Después todo quedó en silencio y Teodoro permaneció en la calle sombría. Las estrellas brillaban sobre su cabeza; los árboles se estremecían á su lado y él permanecía en la calle, contemplando, escuchando y soñando.... ¡Cuántas cosas fugitivas nos revela la noche!... Escuchad ese vago murmurio, ese gato que huye, ese pájaro que gorgoja débilmente, tan débilmente que la garduña, siempre en acecho, apenas lo oye.

«A Teodoro le gustaba la noche; andaba un poco, se detenía, volvía prestando el oído.... Cuando miraba hacia el cielo, venían á su memoria las palabras de Conrado el tejedor:—¡Conserva tu alma! ¡Conserva tu alma! Pero al mirar hacia la tierra, al respirar los dulces perfumes de la primavera, de los festones de heno, de los árboles de espeso follaje, entonces pensaba en Gretchen, en la linda Gretchen, tan fresca, con sus labios húmedos y rosados, con sus grandes ojos azules, tan sonrientes, tan limpios, con su cargajada tan franca. ¡Cuán bella le parecía entonces y cómo le palpitaba el corazón....! Le parecía verla correr detrás de una mesa y otra, y verter la cerveza en los grandes tarros relucientes, levantando el blanco brazo de marfil, el talle bien arqueado, las dos trenzas de blondos cabellos, flotando hasta el extremo de su falda color de amapola, y con sus dientes deslumbradores de un esmalte fino. Gretchen reía con todo el mundo, excepto con Teodoro! Apenas le veía entrar se ponía seria; pero al mismo tiempo sus grandes ojos azules tomaban tal expresión de ternura que el corazón del pobre muchacho se consumía de amor.... Perdía la respiración y balbucía palabras ininteligibles. Teodoro soñaba en estas cosas.

«Volvía también á ver al viejo Reebstock, el padre de Gretchen, con su gran peluca gris, con su mirada cándida llena de fina benevolencia.... y la taberna húmeda, de bajo techo.... el reloj de piedra azulada.... la lámpara suspendida iluminando los rojos semblantes de los bebedores, campesinos desombreados hasta los ojos, con su pequeño cubilete de estaño en las anchas manos ásperas y rajadas por el trabajo y el frío:—«La vida está sobre la tierra—se decía—esta vida fresca, esta vida de amor, de sentimiento, de bienestar.... el vino, los bellos frutos, los perfumes.... y Gretchen, todo eso es la vida terrestre.»—Temblaba después, pensando en la joven: se la representaba tan bien, que hubiera podido contar cada hilo de su traje, cada cuenta de su collar, cada inflexión de su sonrisa en los hoyuelos sonrosados. Ningún rasgo se le escapaba. Miraba á las estrellas y veía á Gretchen. Escuchaba el rumor del aire y oía la voz de Gretchen. Soñaba en el mundo y Gretchen estaba allí, siempre allí, respondiendo á su pensamiento. ¡Oh amor! amor! ¿quién eres tú? ¿de dónde vienes?

«Y Teodoro andaba así, á través de la noche luminosa, detrás de la aldea, costeano los breñales, recorriendo las angostas avenidas, abiertas entre palizadas, escapándose hacia el valle recientemente segado, contemplando las casas con sus construcciones extrañas é irregulares, sus escaleras exteriores, sus balaustradas mohosas, sus patios bajos, sus grandes techos sobresalientes, todo circundado de misteriosas penumbras»....

Engarzo esta bella página, turquesa de luces claras, en la desbrujada placa de mi estilo porque, en estas noches de Junio, mi estado de ánimo, corresponde por algún oscuro simbolismo, á la escena del cuento alsaciano.

Yo—y cuántos lo mismo que yo!—como el enamorado campesino, voy y vengo por la ciudad ale-

targada y dormida en la noche, soñando en que una vida fresca, una vida de amor, ha caído sobre la tierra.

Sólo que mi Gretchen, la que amo, no quedó en la taberna bromeando con todos y llenando los pichelos de cerveza, risueña y cándida como la moza de Erckmann y Chatrian; mi Gretchen acompaña á mis amigos los artistas y los rimadores, ríe con ellos, los mira amorosa y lánguidamente, y charla, olvidada de los que por fuerza nos vimos obligados á salir del Cisne á las doce de la noche, cuando las ventanas se cerraban á lo lejos y se oía gritar á las comadres en el silencio de la calle sombría.

Porque una vez fuera del Cisne, sigo, como Teodoro, pensando en Gretchen, y como á él, á mí me parece que está en todas partes, y que responde á mi pensamiento en todos los fulgores, en todos los aromas, en todos los ruidos.

Todavía, aunque me lo crean, estoy perdidamente enamorado de la Belleza, y en un seno que aletea, blanco y espumoso como un pichón en espasmo, en un faro que brilla como una banderola de luz, en el mármol de una estatua, en el colorido de un lienzo, y sobre todo, en las horas de misterio y quietud de estas noches maravillosas, veo á Gretchen, á la divina Gretchen, de la que la realidad—¡oh, amante cruel!—me obligó á separarme, y digo como el inocente muchacho:—La vida está sobre la tierra!

* *

Para mí la locura de Cantoya, el romántico enamorado del aire, es una locura noble, tramada de idealidad y de grandeza. Esa original megalomanía de subir, de volar, de contemplar el mundo á vista de pájaro, da origen á cómicas y admirables aventuras, dignas de un poema épico-burlesco, como el inmortal del Ariosto. Llegar á lo alto, tocar con los nudillos en el azul del cielo, como en la puerta de lo infinito, esperar á que abra el Gran Misterio, siempre en vela, y no consiguiéndolo, bajar con soberbia luzbérica, á encender la admiración de los hombres, á narrarles el peligroso viaje por los espacios, los encuentros con las estrellas, los combates con los vientos, las luchas con las caudas de los cometas; es el sueño, largo tiempo nutrido de esperanza, de este aereonauta decidido que á falta de ciencia, posee la ciega seguridad del creyente. Cantoya sube en su globo primitivo, convencido de que los elementos son amigos suyos, de que el aire es su fiel camarada, de que el horizonte es su palacio, de que son hermanas suyas las águilas, de que las nubes construirán á su paso arcos de triunfo.

Es verdaderamente espiritual esta insania que desprecia la tierra y que cada vez que puede, asciende porque le gusta abrir las alas á sus delirios en plena inmensidad.

Lo cierto es, que á pesar de las burlas que provoca, este hombre es simpático; y hasta, si nos ponemos á pensar un poco, se nos antoja que todos tenemos, muy escondido, algo de Cantoya, que no nos atrevemos á sacar á luz por temor á los envenenados venablos de la ironía.

El anhelo de Cantoya es nuestro anhelo, es el eterno anhelo del género humano. Subir, huir de este planeta, volar en busca de lo desconocido, perderse en el laberinto de los astros....

¡Oh irrealizable sueño de Cantoya, eres nuestra obsesión y nuestra desesperación!.....

* *

Reaparece en nuestra escena la *Dolores* de Feliú y Codina hecha ópera española. El doliente drama sirve de libreto á una música que, aunque alta, parece que no se halla á la altura de la letra.

Sin embargo, la acción es tan intensa en la *Dolores*, los caracteres están tan bien forjados, la pasión es tan caudalosa y desbordante, que á pesar de que en el pentagrama pierden un poco su brío los gritos de la mujer ofendida, las amenazas del amante cruel y perverso, y las ternuras del cándido enamorado, el público se estremece bajo la zarpa de león de un poeta que encuadró en el marco del Arte, un conmovedor fragmento de vida impura y apasionada.

* *

Un escritor característicamente americano, nos envía desde Cuba el último de sus libros: *Entre brumas*.

Es Andrés Clemente Vázquez uno de los narradores que más interés despiertan con sus relatos, impregnados siempre de una admirable sencillez poética.

Hablan de cosas pasadas, de viejos episodios, de lejanas memorias, con un acento de abuelo lleno de melancolía y de dulzura. ¡Alma dichosa que el crepúsculo de la vida, ve florecer como si fuera pleno día, la imaginación juvenil y fecunda!.....



EL EXTERIOR.

Revistas Políticas y Literarias.

No en el último escrito literario de nuestro Castelar, porque ese sin duda es el breve y expresivo que escribió para el *Album* que han preparado las Señoras de la Junta Directiva del *Asilo Colón*, pero sí en uno de los últimos, el reproducido por el *Imparcial* pocos días ha, algunos de nuestros lectores habrán advertido este concepto singular (no tengo á la mano el periódico para citar con precisión) el Austria alemana se está tornando protestante.

Esto quizás parezca una enormidad á muchos de quienes conozcan la fidelidad al catolicismo de la inmensa mayoría de los súbditos de los Habsburgos que abrazaron la Reforma en Austria, en Hungría y, sobre todo y desde mucho antes de Lutero, en Bohemia pero que, sometidos por las armas, fueron luego á *fortiori*, aunque definitivamente, convertidos al catolicismo, gracias al celo riguroso y á la inteligencia de los jesuitas. Quizás atribuyan el mencionado concepto al brío anticlerical que resucitó siempre en el gran orador cada vez que creyó en peligro la supremacía del Estado laico, actitud política que jamás mermó en nada, por cierto, su profundo sentimiento cristiano.

Como sucede en todo escrito político, destinado á causar determinada impresión, las ideas y los hechos toman un resalto exajerado; un orador y un político harán siempre de la historia una materia transformable á riesgo de alterarla, ó un depósito de donde pueden extraerse maravillosos efectos de color ó la arcilla propia para elaborar estatuas y bajo-relieves. Nadie como Emilio Castelar para servirse de ese material: conocía la historia de un modo pasmoso, pero sólo le interesaba como colorido y como drama; para trazar con ella los dioramas que han asombrado al mundo la convirtió literalmente en una paleta.... Este buen señor está á punto de divagarse, dirán mis cinco lectores (juro que los tengo, porque los he contado). Siempre estoy á punto de eso. Vamos al grano.

¿Por qué los católicos de Austria se tornan protestantes? La cabeza de Francisco José es (dicho sea con respeto) la piedra angular de un edificio heterogéneo compuesto principalmente de tres materiales disímolos: el material eslavo distribuido en dos zonas paralelas al N. y S. del Valle del Danubio ocupado en toda su región media por diez millones de alemanes y seis de magyares (húngaros) que componen los otros dos materiales. Estos son quienes mandan y dominan, ellos constituyen el *dualismo*; la doble corona de emperador de Austria y rey de Hungría que lleva sobre sus canas Francisco José, quiere decir: sumisión de los eslavos del N. á los alemanes, sumisión de los del S. á los húngaros.

En todas partes los eslavos protestan y por todas partes se registran anuncios de cambios futuros, próximos quizás. En Hungría el odio al eslavo forma parte de la religión cívica, y preciso es recordar, que los húngaros y los turcos son hermanos de raza y que entre esta raza turánica á que se gloria de pertenecer, en verso, Juan Richepin y los eslavos, el duelo étnico se inició al amanecer de la historia y se agravó hasta el paroxismo cuando croatas y rusos, eslavos todos, aplastaron en 48 y 49 á los liberales alemanes y á los patriotas húngaros. Pero liberales y patriotas han alzado la frente desde el día siguiente de Sadowa; la Hungría asesinada hace cincuenta años por Paskiewitch ha resucitado triunfante y es dueña de sus destinos. Para los eslavos no puede haber autonomía dentro del dualismo ¡así han pagado los Habsburgo los servicios de mediados de nuestro siglo!

Con todo, los cambios vienen; un fuerte grupo de nacionalistas húngaros á cuya cabeza figura el hijo mismo del libertador Kossuth, habla de una cosa que habría hace poco parecido imposible, de la reconciliación de húngaros y eslavos. Esto trasformaría la faz del imperio. En Austria, al contrario, la lucha entre alemanes y eslavos se exacerba más día á día; en Bohemia, como es sabido, toma las proporciones de una lucha nacional, renace en los grupos universitarios el culto por Juan Huss, el santo mártir de la patria tcheque reemplazado por el culto de Juan de Nepomuc, cuando el emperador Fernando II y los jesuitas ahogaran la independencia nacional y religiosa de los bohemios en el siglo XVII; y los alemanes acostumbrados á gobernar en un país en que siempre han estado en minoría, protestan contra las tendencias autonómicas de los *jóvenes tcheques*, ausentándose de las asambleas y de las universidades.

Lo mismo en Austria; allí los alemanes están en mayoría, mas también el elemento eslavo tiende á compartir con ellos el poder, á pesar de la vivísima resistencia que se le opone. Los conflictos de este género en el dualismo austro-húngaro toman forzosamente un carácter confesional, se vuelven luchas religiosas. El clero católico, bastante mal dispuesto para los eslavos en Bohemia, es aliado natural de los eslavos del S. contra los liberales alemanes. Basta recordar que entre esos eslavos del S. descuella como un caudillo y como un apóstol el gran obispo Strossmayer, cuya voz, opuesta á la infalibilidad del pontifi-

ce, ahogaron en las sesiones del Concilio Vaticano los obispos zelotas de Pio IX, entre quienes uno ó algunos mexicanos se distinguieron. Hoy Strossmayer es uno de los misioneros favoritos de Leon XIII; le ha dado la misión de trazar el programa de la reunión futura de los eslavos cismáticos y católicos.

Resentidos profundamente los alemanes católicos por la parcialidad de sus cleros en favor de sus enemigos hereditarios, han puesto en el cielo sus quejas, y los exaltados, obedeciendo á la dirección de dos furiosos agitadores, Wolf y Schenerer, han anunciado su conversión al protestantismo. Los corifeos y un grupo de personas que no llega á un millar, han realizado su amenaza en el N. de Bohemia, sobre todo, donde algunas pequeñas poblaciones alemanas se han declarado protestantes en masa. El clero austriaco hizo al principio poco caso de esto; pero hoy, profundamente alarmado, multiplica las deprecaciones, los sermones vehementes, las conminaciones y las cartas pastorales; Monseñor Gruscha, el cardenal Obispo de Viena, ha resuelto dirigir la campaña y ha hecho un llamamiento á la fuerza pública para que impida la propagación del mal: al brazo secular como se decía en los tiempos inquisitoriales.

A este extraño movimiento hace alusión el escrito de Castelar, exagerándolo un poco, porque la verdad es que lo que se anunciaba como una conversión en masa, ha resultado poca cosa á la postre. No es eso lo grave para el dualismo austro-húngaro, sino que los eslavos en cuanto la mano de hierro del magyar se hace sentir demasiado, vuelven los ojos al Tsar, especie de jefe honorario de todos los eslavos del mundo, y los austro-alemanes, cuando temen que su preponderancia decline, suspiran por el Kaiser de Berlín, centro vivo del pangermanismo.

* *

¿En dónde se baten? En donde ya no se batirán es en Samoa; los rivales Malietoa y Mataafa han de puesto las armas y la alta comisión arbitradora ha decidido suprimir la monarquía é instalar en Appia una suerte de gobierno republicano; esto parece que será un sedativo para los ardores belicosos de los samoanos; lo seguro es que las tres potencias, Inglaterra, Alemania y los Estados Unidos, meditan cada una sola cómo birlarán su parte á las otras dos: Alemania pagará el plato.

En donde parece que se batirán pronto es en el Transvaal; los burghers del presidente Krüger se arman hasta los dientes y la mayoría de los *uitlanders* se preparan á conquistar sus franquicias con el auxilio de Inglaterra, cuyos cañones manda limpiar y preparar el gobernador del Cabo. En Bloemfontaine no pudieron entenderse, como dijimos en nuestra última revista, el bíblico señor Krüger y el exigente señor Miliner: deje usted á los *uitlanders* tomar parte en el gobierno, decía Mr. Miliner, dejes usted el voto á todos, y desde luego, con sólo ciertos ilusorios requisitos de vecindad; es decir, déjelos usted gobernar.—No, respondió el bíblico Mr. Krüger, no; les daré franquicias pero poco á poco, mediante naturalizaciones que no produzcan su efecto inmediatamente, sino al cabo de cinco años; además obliguen ustedes á la *Chartered* (la compañía organizada por Cecil Rhodes) á pagarme una fuerte indemnización por la invasión de Mr. Jamesson, un doctorcillo en obstetricia, y además comprométanse ustedes á someter al arbitraje de una potencia cualquier nuevo caso de conflicto entre boers é ingleses.—Imposible, no consentimos, replicó Miliner, y concluyó la conferencia.

Hay en todo esto una cosa risueña (¿Puede decirse así en vez de risible? Creo que no y por eso lo digo.) El fogoso imperialista Mr. Chamberlain, secretario de las Colonias en el gobierno del Marqués de Salisbury, en cada uno de sus discursos compromete la acción del gobierno inglés; es decir que el Ministerio acuerda poner el pié en una línea y el *enfant terrible* del unionismo en un discurso del día siguiente del acuerdo, pone el pié en la raya y, por la propensión natural de todo orador de ir hacia el público, da un paso más. Por eso han convenido los ministros de S. M. B. en no dejarle el primer monólogo del acto; sino que Mr. Balfour hombre de un talento infinito y filósofo en sus ratos perdidos, se adelanta á declarar la verdadera intención del gobierno; y así el paso de Mr. Chamberlain es por su cuenta y riesgo. Curiosas costumbres parlamentarias.

Lo que sí nos ha conmovido profundamente hasta las lágrimas contenidas, que son el preludio de las que corren, pero que no pueden correr en esta crónica decentemente, es el discurso pronunciado el lunes pasado por el propio Mr. Chamberlain. «Los peligros que corre Inglaterra en esta cuestión de los boers son para partir el alma! Los boers se arman; los boers tienen dinero y soldados; los boers van á creer que nuestra paciencia es debilidad, y abusarán; verán ustedes cómo abusan de esa debilidad! ¡Oh! no, es preciso ser fuertes, no; no queremos la guerra, pero si nuestra dignidad lo exige, nos sacrificaremos y mostraremos que somos capaces de defendernos. . . . Mostraremos los dientes»—«¿Y para qué son esos dientes, abuelita?—Para comerte mejor, hija mía.»

En donde sí se baten á más y mejor es en la isla



Sr. JOSE M. BUSTILLOS,
Poeta Mexicano

† en Toluca el 20 de Junio de 1899.

Ultimo retrato.

Fot. Torres.

de Luzón, tagalos y americanos. El gobernador Otis se ha visto obligado después de una trabajosísima campaña en el centro y sur de la isla, á darla por terminada hasta que pase la mala estación, contentándose con limitar la ocupación á una zona que al N. de Manila llega hasta San Fernando y al S. se limita al distrito de Cavite. Algunos puertos dominados por la flota pueden considerarse también en poder de los americanos. Y es muy poca cosa. Si entretanto los filipinos no se desorganizan, si continúan ayudando al calor y á la humedad, siendo la pesadilla de las avanzadas de Lawton y Mc Arthur, la nueva campaña, que es, como si dijéramos, una campaña presidencial, porque de su buen suceso depende quizás la reelección de Mc Kinley, recomenzará bajo malos auspicios. Será, en suma, un mal negocio; si llegan á demostrar esto los filipinos, habrán ganado la partida.

* *

Los últimos periódicos franceses, en cuanto se refiere al asunto Dreyfus, son verdaderamente dignos de estudio. Todos los enemigos de la revisión clamaron porque las salas de la Corte de Casación (civil, criminal y de *requetes*) conociesen reunidas y resolviesen el caso. El gobierno de M. Dupuy, sin motivo legal suficiente, como se ha visto hoy que se han publicado los pormenores de la investigación, sin nada que lo obligase á despojar de su jurisdicción á la sala del crimen, pero con una mira política que ha resultado justa, confirió, por medio de una ley que resulta *ad hoc*, la responsabilidad de la decisión al Supremo Tribunal entero. Dió así plena satisfacción á las exigencias de la prensa reaccionaria y antisemítica. El solemnísimo farsante que se llama M. Quesnay de Burepaire, que quiso explotar la excitación de las masas en favor del ejército, para ver lo que pescaba, se declaró satisfecho: sus colegas de la sala civil, el mismo magistrado ponente, Ballot-Beaupré cuyo informe es sin duda la pieza capital de los autos, le habían manifestado su hostilidad á la revisión.

Mas ¡oh! dolor! M. Ballot-Beaupré y después de él los cincuenta primeros magistrados de Francia, se declaran *unánimemente* en favor de la revisión, casan el fallo del consejo de guerra de 94 y determinan en una sentencia concisa y precisa á la vez, que «el acusado Alfredo Dreyfus comparecerá ante el Consejo de Guerra de Rennes, designado á este fin por deliberación especial habida en sala del Tribunal, para ser juzgado sobre el punto siguiente: ¿Dreyfus es culpable de haber, en 1894, provocado maquinaciones ó mantenido relaciones con una potencia extranjera ó con uno de sus agentes, para comprometerla á cometer actos de hostilidad contra Francia ó emprender contra ella la guerra ó para procurarle los medios á este fin encaminados entregándole las notas y documentos contenidos en el *bordereau*?»

Esta declaración era clara para todos los hombres sensatos; habría sido necesario desesperar de la justicia humana si un tribunal de la competencia y del prestigio de la Suprema Corte Francesa, hubiese cedido á la influencia de un grupo de obcecados y energúmenos que soliviantan á las multitudes francesas.

Sin embargo, el fallo causó emoción profunda; la reflejan bien los periódicos. Todos habían ofrecido inclinarse ¿se han inclinado todos? Los que habían guardado una reserva neutral y respetuosa como el *Journal des Debats*, modelo impecable del periodismo ilustrado, espiritual y cortés, órgano de la burguesía irremisiblemente democrática, pero religiosamente liberal, se han inclinado sin reticencias ante el fallo de la Corte; de esta parte sana de la población francesa que guarda con una gracia de tan buen tono y con tan exquisita inteligencia de las necesidades sociales, la gran tradición de las épocas parlamentarias, es una expresión admirable en su limpia sencillez el manifiesto de la asociación política, la *Unión liberal*.

«Tenemos que combatir dos clases de enemigos, dicen al terminar los autores del manifiesto. Por un lado el partido radical y socialista que no ha cesado de ganar terreno desde los comienzos de la legislación y por el otro un partido formado con todos los deshechos del pasado y que sueña con golpes de Estado, con plebiscitos, con servidumbre, en una palabra, y que busca por todas partes á uno á quien conferir la peligrosa misión de imponérsela. Nosotros, republicanos liberales, no desmentiremos nuestro pasado; vemos con toda claridad y acostumbramos denunciar sin piedad las faltas del Parlamento; no por eso se ha mermado nuestra adhesión á las instituciones republicanas. Si aún están demasiado vivas las pasiones para que sea posible hacer aceptar los consejos de la moderación y la prudencia, esforcémonos al menos por evitar males irreparables; y colocados entre dos partidos que luchan igualmente por ahogar la libertad, continuemos defendiéndola con la convicción profunda de que sólo ella puede abrigar la tolerancia religiosa, asegurar la plenitud de su independencia á la justicia, inspirar á todos el respeto á los derechos de cada uno, fortificar las costumbres públicas contra una cobardía que prepara el camino de la corrupción, y por la confianza que inspira, hacer volver á los espíritus y á los corazones la paz social de que tenemos necesidad tan urgente.»

Entre los periódicos antirevisionistas, algunos, los menos, se someten como el periódico de Paul de Cassagnac; otros como la frenética *Libre Parole* del frenético Drumont dicen: «Si todos esos oficiales á quienes defendíamos, hubiesen tenido el temperamento de los hombres de antaño, habríamos ganado la batalla, porque Francia estaba con nosotros. Nada hemos encontrado, nada, nada, nada más que felicitaciones y apretones de mano.» El autor quería *un pronunciamiento*, la mayor parte fingen esperar que el Consejo de guerra recondenará á Dreyfus, á pesar de la confesión misma del *condottiere* Esterhazy.

Lo que ennoblece á la especie humana y consuela de lo que indudablemente ha sido una obra de espantosa iniquidad, es la actitud de la sociedad en que si tamaño crimen pudo cometerse, tamaño reparación puede esperarse, en que ha habido hombres que todo lo sacrificaron para obtener justicia, y mujeres como Mme. Dreyfus con cuyo corazón acabarán por latir al unísono los de todas las mujeres buenas de Francia. ¡Oh! cuán bien dijo Hugo:

«*Quand tout se fait petit, femmes, vous restez grandes.*»

Saben los lectores de mi última revista cuán natural me parecía que Waldeck-Rousseau y el marqués de Gallifet se encargasen de dar solución á la crisis ministerial; nosotros considerábamos necesaria una concentración de las fuerzas republicanas, mas nunca supusimos que el radio de concentración pasase de los radicales y alcanzase á los socialistas, menos que un liberal de la altura de Waldeck-Rousseau se aliase á ellos; mas si nos sorprende que lo haya hecho, no nos parece que por ello debe condenársele, y el grupo moderado que encabeza M. Meline hace mal quizá en negarle su apoyo. Lo que ha hecho el insigne republicano, con sacrificio de arraigadísimas convicciones, es una revelación del peligro que corren en Francia las instituciones republicanas; como cuando se trata de las defensas supremas, no ha sido posible rechazar ninguna alianza y desde el republicano conservador Gallifet, que guarda incólume un inmenso prestigio en la masa del ejército, hasta el socialista Millerand que pocos días antes de ser ministro proclamaba en su periódico (*La Lanterne*) que la justicia no conocía ni represalias ni venganzas, y que es, como si dijéramos, un socialista de gobierno, todo cuanto elemento de orden podía encontrarse en los grupos que combaten entre sí, pere á la sombra de la bandera republicana, tienen una representación en el nuevo gabinete que no es una conciliación, sino una tregua.

El Presidente del Consejo lo dijo muy bien en su conciso programa, que fué un breve comentario de la orden del día que produjo la caída del ministerio Dupuy. Las dificultades son gravísimas, parecen insuperables, eso es lo que demostrará si Waldeck-Rousseau es, como hemos afirmado, ó no, el primer hombre de estado con que la república cuenta.

El programa es muy concreto y esto facilitará al gabinete mantenerse muy compacto; la decisión del consejo de guerra que juzgará de nuevo á Dreyfus no puede hacerse esperar. La declaración de inculpabilidad es inevitable, tratándose de un grupo de oficiales de honor, sobre los que no pesan las

sugestiones que puso en obra el ministro de la guerra Mercier cuando deliberó el primer consejo. El ejército habrá así pronunciado la última palabra y esta palabra será *justicia* y caerán como por ensalmo todas las prevenciones que contra él tiene una parte del país republicano, prevenciones hábilmente explotadas por los grupos que proclaman la revolución social.

Si contra la convicción que ha penetrado ya en la conciencia de todos, aun de los que fingen creer en la culpabilidad *quand même* de Dreyfus, como el general Mercier, si contra el análisis irrefragable hecho por el magistrado informante de la Corte de Casación é implícitamente admitido por ésta, si contra la terminante confesión de Esterhazy, el Consejo, que sólo puede examinar, como prueba, la única quo sirvió de base legal á la condenación de Dreyfus, el *borderneau*, declarase culpable al capitán acusado, la cuestión tomaría repentinamente un carácter de espantosa gravedad. Vendría al día siguiente el indulto de

M. Loubet, y esto podría ser la señal del conflicto civil; creemos que Waldeck-Rousseau, que Gallifet, que el Presidente, pueden ponerse á la altura de esta situación.

Pero si nuestra primera hipótesis se realiza, como lo creemos firmemente, el ministerio, tal como está compuesto, perdería su razón de ser y á las tentativas de convertir al Estado en un organismo absorbente de todo capital, que es el programa colectivista, pueden los liberales desplegar toda su resistencia, seguros del triunfo, así como esa misma resistencia sería hoy dar el triunfo á los enemigos de la República.

Veremos; precisamente acaba de presentarse un caso en que la energía del ministro de la guerra tiene ocasión de revelarse en toda su fuerza; un oficial del ejército se ha permitido insultar en un periódico al jefe del Estado; si él y todos los que como él piensan, parece que son varios, no reciben un castigo rápido, seguro y decisivo, de esos que muestren la mano del jefe de la carga histórica de Selan, calzada por un

guante de acero, no sabríamos qué pensar ni á qué atenernos.

Nadie duda que Francia necesite un gobierno, todas las democracias latinas y, sobre todo, las democracias militares, (lo que parece un contrasentido y ese es el contrasentido que causa la dificultad fundamental é insoluble en la existencia de la República), todos necesitan gobiernos fuertes; es hábito y necesidad de conformación. Pero no necesitan dictadores perpetuos, porque esos tras de ser la opresión, son la guerra, son Waterloo y Sedan. No, por más que así lo piense el estentóreo Dérouléde que gritaba ante el tímido jurado que lo absolvió: «Francia necesita un hombre» dando así á su patria la obscena actitud de una mujer atacada de una de esas vesanias que Charcot trataba en la Salpêtrière. Impío, loco.

Justo Sierra



EL ESCANDALO DE AUTEUIL.

EL CONDE CHRISTIANI AMENAZA CON SU PASTON AL PRESIDENTE DE FRANCIA.

Oportunamente nos transmitió el cable y leímos con más desagrado que sorpresa la noticia de este lamentable escándalo provocado por un grupo selecto de *gentiles-hombres* en las fiestas del *Steeple-Chase* de Auteuil.

Dice un cronista parisiense: «No exajeremos la importancia de esa tonta barrabasada de petimetres que se lanzaron gloriosamente al asalto de una tribuna ocupada por el invitado de una Sociedad, para ir después á dormir en la vil Detención. Esto no ha sido

más que el ensayo de un nuevo sport, cuyos resultados son poco alentadores en razón de su falta de elegancia. No es fácil comprender lo que pueden ganar esos señores entregándose á tales ejercicios, pues lo único que han hecho es perder, con algunos bastones y no pocos sombreros, los últimos girones de una fama de buena educación y de exquisitas maneras que ya muy pocos les reconocían.

M. Fernand de Christiani, el más audaz y más torpe, si no el jefe de ese grupo de elegantes, tiene treinta y ocho años de edad y es nieto de un general del primer imperio.

Al llegar M. Loubet al hipodromo de Auteuil el día de los escándalos que fué el 4 de Junio, se le recibió con aclamaciones de entusiasmo; pero á poco se oyeron gritos insultantes para el Jefe del Estado.

Uno de los insultadores, el ridículo y universalmente célebre en estos días, cuyo retrato figura en un ángulo superior de nuestro grabado, el conde Christiani, escaló la tribuna presidencial con el ímpetu, aunque con menos heroísmo que su abuelo las trincheras enemigas, y se lanzó bastón en mano sobre el Presidente Loubet.

Afortunadamente el General Brugere previno el bastonazo y M. Loubet recibió sólo un débil golpe en la copa del sombrero. La escena produjo un tumulto espantoso.

El agresor fué detenido inmediatamente, y con más cardenales que él quisiera, fué á parar en manos de la policía y llevado bajo severa custodia á la Detención.

Entretanto, los turiferarios del héroe Christiani, libaban una verdadera batalla con la policía bajo el mando de M. Touny, auxiliado por el oficial Grillieres, el cual fué herido gravemente en la cabeza.

Reducidos á la impotencia los revoltosos, bien pronto fueron á hacer compañía al benemérito Christiani y á felicitarlo por su brillante proeza.

No es inútil recorda: á nuestros lectores que la vispera de los hechos que referimos, es decir, el sábado 3 de Junio, la Corte de Casación pronunció el magnífico fallo de revisión del proceso Dreyfus.



EL ESCANDALO DE AUTEUIL.—LA POLICIA APREHENDE AL CONDE CHRISTIANI.

EL MIEDO A LA MUERTE.

El instinto más poderoso y dominador en el hombre y en los animales en general, es el de conservación. Vivir, á todo trance, á toda costa, sea como fuere, en cualquier condición; pero vivir, he ahí la gran aspiración humana. Para la inmensa mayoría de los hombres, la vida no vale por los goces que promete, por las satisfacciones que procura, por los apetitos que sacia, por las concupiscencias que harta, por las ambiciones que colma, sino por ella misma, independientemente de sus goces, con entera abstracción de sus dolores.

Aman la vida, la quieren perdurable é inextinguible, César en el solio y Job en el estercolero; desde el peñón desierto de Santa Elena, entre las ruinas de un poderío casi extravagante y los laureles marchitos de una gloria casi divina, y después de haber vivido él solo mil vidas, Napoleón, que nada espera, desea aún vivir, y frunce indignado el ceño á las acometidas del mal que lo consume y ha de aniquilarlo.

Ricos ó pobres, gloriosos ó ignocrados, reyes ó mendigos, genios ó imbéciles, para los hombres la vida no es un medio sino un fin, estimable en sí mismo y por sí mismo, y la imaginación y la fé la prolongan más allá de la muerte, impotentes para conservarla real y efectiva más de lo que duran un soplo ó un suspiro.

La sola idea de la muerte, hiela la sangre en las venas y yergue el cabello en la cabeza. Soledad, frío y silencio... extinción del cambiante panorama exterior, disipación de los fantasmas del mundo interno; el músculo, rígido; el nervio, inerte; mudo el labio, inmovible el corazón, inactivo el cerebro; sólo de pensarlo se siente horror y miedo. Y luego, más allá, un misterio impenetrable; ¿la nada? ¿el éxtasis místico? ¿el viaje interminable á través de otros mundos y en la envoltura de otros cuerpos? ¿el fuego eterno? La fé intenta en vano alumbrar ese caos, subsisten siempre dudas, inquietudes, angustias que hacen, aunque dolorosa, preferible esta vida á otras vidas, y los dolores ciertos á los goces dudosos.

El amor á la vida en sí se complica con el terror que inspira lo desconocido, y la vida se hace doble-

mente amable, por lo que ella vale y por lo que puede significar la muerte. Este cúmulo de reflexiones acude, sobre todo, al pensamiento en presencia de un cadáver, severa y muda interrogación que los cirios alumbran y no esclarecen, y que las flores perfuman sin mitigar el horror que inspira,

Si tanto así amamos la vida y tan tremendo problema encierra su extinción, qué terribles y dolorosas deben ser la inminencia y la proximidad de la muerte. Sentir que la sangre se hiela poco á poco en las venas, que la fuerza se extingue, que la vista se nubla, que la palabra se estanca en los labios; entrever al rededor de sí llorosos y doloridos á los seres que se ama; pensar en su viudez y su orfandad; prever para ellos el abandono, la miseria, el extravío por falta de consejo, el vicio ó el crimen por falta de dirección y ejemplo; considerar de antemano el hogar triste y frío, las asechanzas contra la inexperiencia, las confabulaciones contra la debilidad, el desplome por falta de sostén y el dolor á domicilio por falta de apoyo y de defensa; todo esto oprime como una pesadilla, llena de dolor y de angustia, y creemos que en el dintel de la muerte nos atenecearán todas las furias ó nos chuparán todos los vampiros.

De ahí ese afán por perder la razón antes que la vida, por morir hundido en el coma estúpido, ó caer fulminado por el rayo sin que la reflexión, el cálculo y la previsión tengan tiempo de atormentar nuestra agonía. El agonizante parece no tener más que una de dos actitudes: estallar en protestas ó prorrumpir en gemidos; renegar como un condenado ó llorar como una plañidera.

Contra esta previsión hablan los hechos; la muerte, la inexorable, la implacable, la fría segadora, tiene compasión de sus víctimas y antes de levantar sobre ellas su afilada guadaña, les inspira resignación, serenidad y calma; tiene piedad de ellas y las arma de valor ó las insensibiliza y embrutece. Nada, en efecto, más rudo que el contraste entre lo que debía ser y lo que es en realidad la proximidad de la muerte. En plena vida la temíamos y la esquivábamos, la juzgábamos horrible y atormentadora; cuando la vemos venir, ó la llamamos con anhelo ó la acogemos con calma ó la miramos con indiferencia.

Si la muerte sobreviene entre sufrimientos agudos y crisis dolorosas, ansiamos su llegada, la llamamos como á una redentora y preferimos mil veces morir á sufrir. Si se acerca silenciosa y compasiva, si la vida se extingue sin dolor y sin angustia, la recibimos como una amiga esperada y no temida. En estas condiciones el agonizante llama á



EL POETA RUSO ALEJANDRO PUSCHKIN.



EXPOSICION DEL CASINO NACIONAL.

¡PER BACO!

CUADRO DE RULL.

los suyos, les sonríe, imprime en sus frentes el último beso, desliza en sus oídos el último consejo, les sugiere resignación y valor, apenas si un vago tinte de melancolía cubre su semblante; habla de sí mismo como de un indiferente, encuentra natural y lógico morir. prodiga aliento en vez de solicitar consuelo, juzga llenada su misión, alcanzada la meta; la vida que le pareció siempre tan estimable y valiosa le es indiferente, en su último balance le parece fallida; acaba por reconocer que no vale gran cosa y sin tristeza como sin amargura, sin protestas como sin blasfemias, expira resignado y tranquilo y hasta feliz   veces.

El hecho, sorprendente en sí mismo, lo es más aún en los casos en que la muerte sobreviene cuando una enfermedad prolongada y aniquiladora no ha tenido tiempo de extinguir las fuerzas, de embotar las facultades, de provocar esa indiferencia apática y profunda características del agotamiento supremo; cuando se impone, como en la pena capital,   un hombre sano, robusto,   veces en plena juventud y en pleno vigor.

El ajusticiado que protesta, se agita, reclama la vida como un derecho, se defiende y resiste, á quien hay que llevar al patíbulo maniatado y   empellones como al loco furioso   la ducha; el condenado á muerte que gime, llora, suplica, reza y clama al cielo son la excepción y no la regla; tanto son la excepción que entre nosotros casi no se registran casos de ese género.

Los casos ordinarios son de tres clases: El fanfarrón que llega á la muerte con la frente alta, la mirada altiva, verboso y decidor, prodigando bravatas y hasta chascarrillos, que rehusa la venda, que pide mandar la ejecución. Hemos visto morir así   O'Horan y   un sargento del antiguo Cuerpo de Tiradores; este último ley  unas décimas al cuadro de ejecución, ven-

d    sus dos compañeros de patíbulo, rehus  vendar-se y mandó la ejecución. El segundo tipo es el inerte, el indiferente, el inconsciente casi; va á la muerte automáticamente, habla poco   nada, no hace recomendaciones ni encargos, todo le es igual y no manifiesta ni valor ni cólera, ni miedo ni dolor.

El tercer tipo corresponde en general al mártir de alguna grande idea     la víctima de alguna gran causa. Sereno y tranquilo, sin fanfarronada como sin automatismo, lleno de fé en su ideal y de estoicismo ante su infortunio, se prepara   la muerte sin aparato ni ostentación, va al patíbulo sin desfallecimiento y se le sorprenden en la mirada relámpagos de suprema satisfacción y de legítimo orgullo de morir por lo que cree   es en realidad la justicia   el derecho, la virtud   el bien humano. Así murieron Hidalgo, Morelos, Ocampo, Arteaga, Salazar. En el Cerro de las Campanas se vió   Miramón y   Maximiliano morir con valor sereno y   Mejía con indiferente y apática frialdad.

Esta comprobación es consoladora; imaginada, la muerte es terrible y parece aterradora; pero vista de cerca y frente   frente no inspira en general, ni miedo ni horror y se la puede afrontar con indiferencia, con resignación y hasta con audacia. La vida tiene siquiera eso de bueno, que siendo tan ansiada y deseada, no es su pérdida tan cruel y dolorosa como el hombre se imagina. Esta consideración puede contribuir á hacer menos terrible el supremo trance.

Jos. M. Flores

EL CENTENARIO DE ALEJANDRO PUSCHKIN

El siete de Junio último (26 de Mayo según el calendario ruso) se celebró en Rusia el 100.º aniversario del nacimiento de un poeta que tiene derecho   un lugar preferente en el Parnaso de su patria, pues fué el iniciador de la nueva poesía rusa que había conservado un carácter exclusivamente doctoral y educativo, siendo Puschkin quien le dió un sello verdaderamente artístico.

Nacido en el seno de la más alta sociedad de su tierra, su educación primera fué más brillante que sólida; pero sus grandes disposiciones poéticas y su afición al estudio, hicieron de él una de las primeras figuras intelectuales de Rusia.

Compuso muchas piezas de alto vuelo, impregnadas de un espíritu netamente nacional y zahiriendo sin piedad   todo lo vituperable de su tiempo y de sus contemporáneos. Esto ocasion le repetidos conflictos, y al fin murió en duelo el 10 de Febrero de 1837, cuando aún se esperaba mucho de su fuerza creadora.

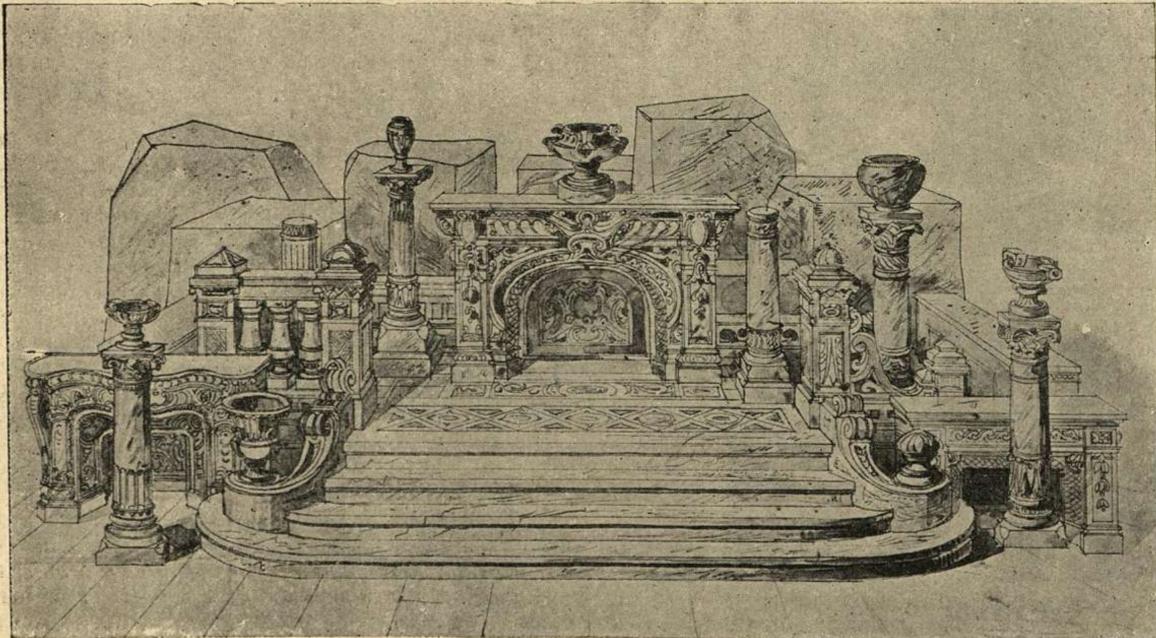
Los mármoles mexicanos en París.

El Sr. D. Cárlos Sellesier, Jefe del grupo XI de la Comisión Mexicana para la Exposición Universal de París, ha tomado positivo empeño en hacer lucir los objetos de  nix extraídos de las canteras del país.

Secunda con éxito los esfuerzos del Sr. Sellesier, el Sr. A. Donnamente, agente honorario del citado grupo y autor del proyecto que representa nuestro grabado. Dicho proyecto fué aprobado hace dos días por la Secretaría de Fomento. Ampara una colocación artística de numerosos objetos y bloques de  nix de variados colores, la cual,   no dudarlo, llamar  poderosamente la atención de los concurrentes al gran Certamen.

Varios son los expositores mexicanos que presentarn artículos, bloques y placas de  nix; pero entre los principales debemos citar   los señores D. Enrique Fenochio, que remitirá   París dos colosales bloques de  nix verdoso extraído de las ricas canteras que posee en el Estado de Oaxaca;   Doña Luz Arenas viuda de Mir , que enviar  también riquísimas muestras de sus canteras de Etna, Carmen y Sorpresa, Oaxaca;   D. Manuel Oliman, que preparó cincuenta láminas transparentes y cincuenta bloques de los vistos simos mármoles de Puebla;   D. Amador Cárdenas, propietario de las canteras de Jimulco, las más ricas y abundantes de mármoles en todo el país y sin disputa, las mejor exploradas y administradas, y tantos y tantos otros individuos que se dedican   la explotación de las ricas piezas.

Los pedimentos de admisión del Grupo XI fueron de los primeros que se enviaron   la Delegación de México en París, habiéndose dedicado en seguida   la formación del proyecto adjunto con los datos en aquellos expresados, el agente honorario Donnamente, como se dedicó el agente viajero A. Leduc   la consecución de los materiales.



LOS MARM LES MEXICANOS EN PARÍS.

LA NUEVA SINAGOGA EN CHEMNITZ.

Los israelitas de la ciudad de Chemnitz, que apenas pasan de mil, careciendo de un sitio apropiado para sus servicios religiosos, resolvieron en el año de 1897 á construir una sinagoga, para lo cual empezaron por adquirir un amplio terreno en la plaza de San Esteban.

No obstante el corto número de adeptos que forman el grupo judío de Chemnitz, no hubo dificultades para reunir los fondos necesarios al efecto que se habían propuesto y una vez adquirido el terreno procedieron á abrir un concurso artístico entre todos los arquitectos del lugar para que presentaran proyectos apropiados tanto en la parte de comodidades y exigencias para el servicio, cuanto en el carácter arquitectónico que debería concordar con la índole de la estética hebrea.

Presentáronse setenta y ocho artistas y obtuvieron respectivamente, el primer premio el Ingeniero W. Buerger y el segundo los Ingenieros Hoeniger y Sedelmayer. Naturalmente fué el proyecto del primero el que se llevó á la práctica y á su autor Buerger se confió su realización.

La construcción duró sólo quince meses, al cabo de los cuales fué entregada al servicio tal cual pueden verla nuestros lectores en el grabado que les ofrecemos.

Forma un hermoso adorno de la ciudad y produce una impresión majestosa.

Usóse como principal material piedra artificial roja que con el contraste del tejado verde claro, es de gran efecto, según dicen los periódicos técnicos alemanes.

El nuevo templo judío tiene cabida para unas setecientas veinte personas é importó su construcción 120,000 pesos aproximadamente.

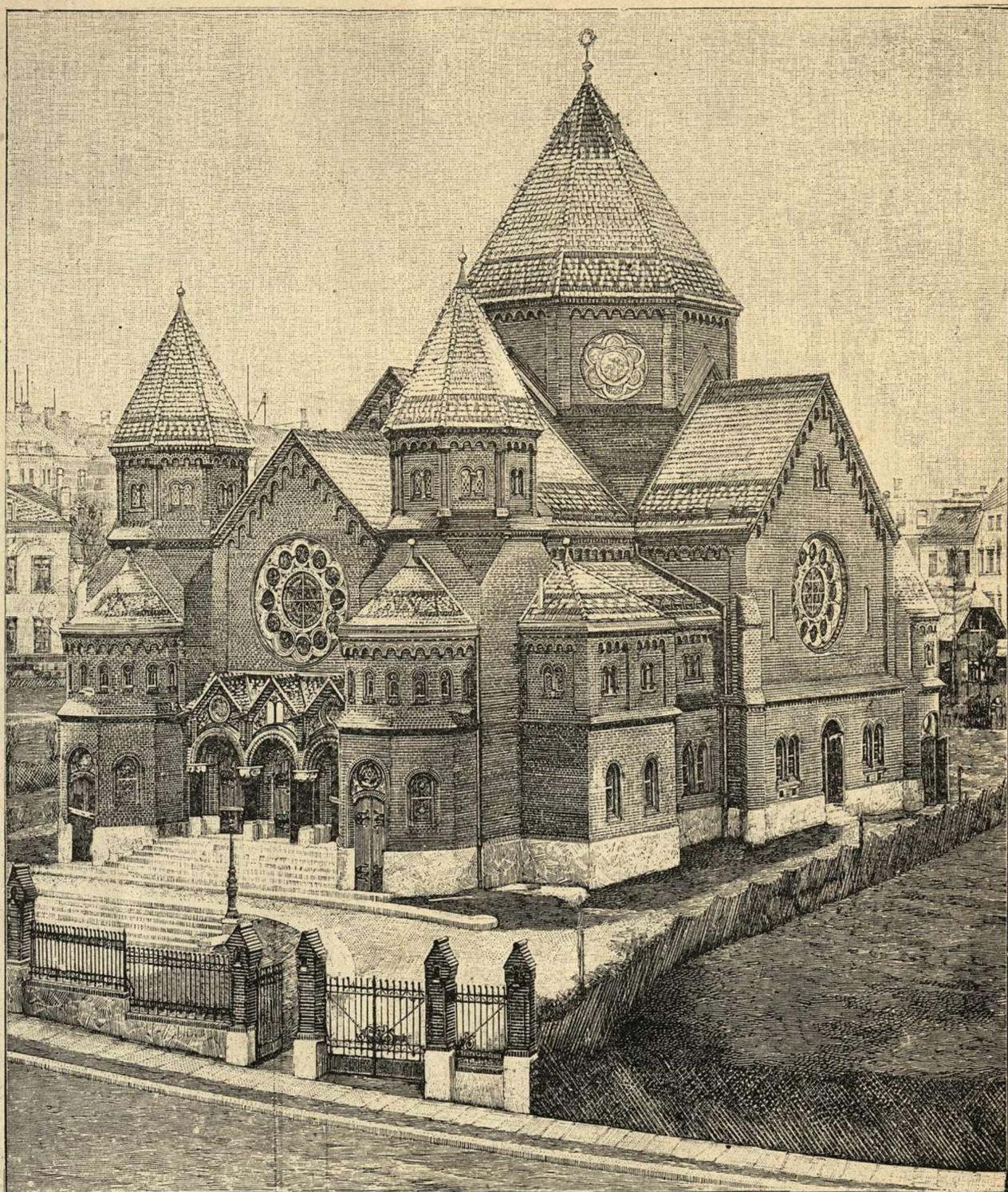
Ofrecemos á nuestros lectores este grabado por el interés que actualmente despierta todo lo que atañe á los judíos, tan traídos y tan llevados en estos últimos tiempos á causa del asunto Dreyfus.

El taller fotográfico de los hermanos Torres.

Presentamos este interior de taller con la nota de novedad que le presta la presencia de la mujer desempeñando las tareas del arte fotográfico.

Los señores Torres han sido los primeros que en nuestro país implantaron tan feliz innovación, con la que ganan no sólo las favorecidas con esos empleos, sino el público y principalmente las damas.

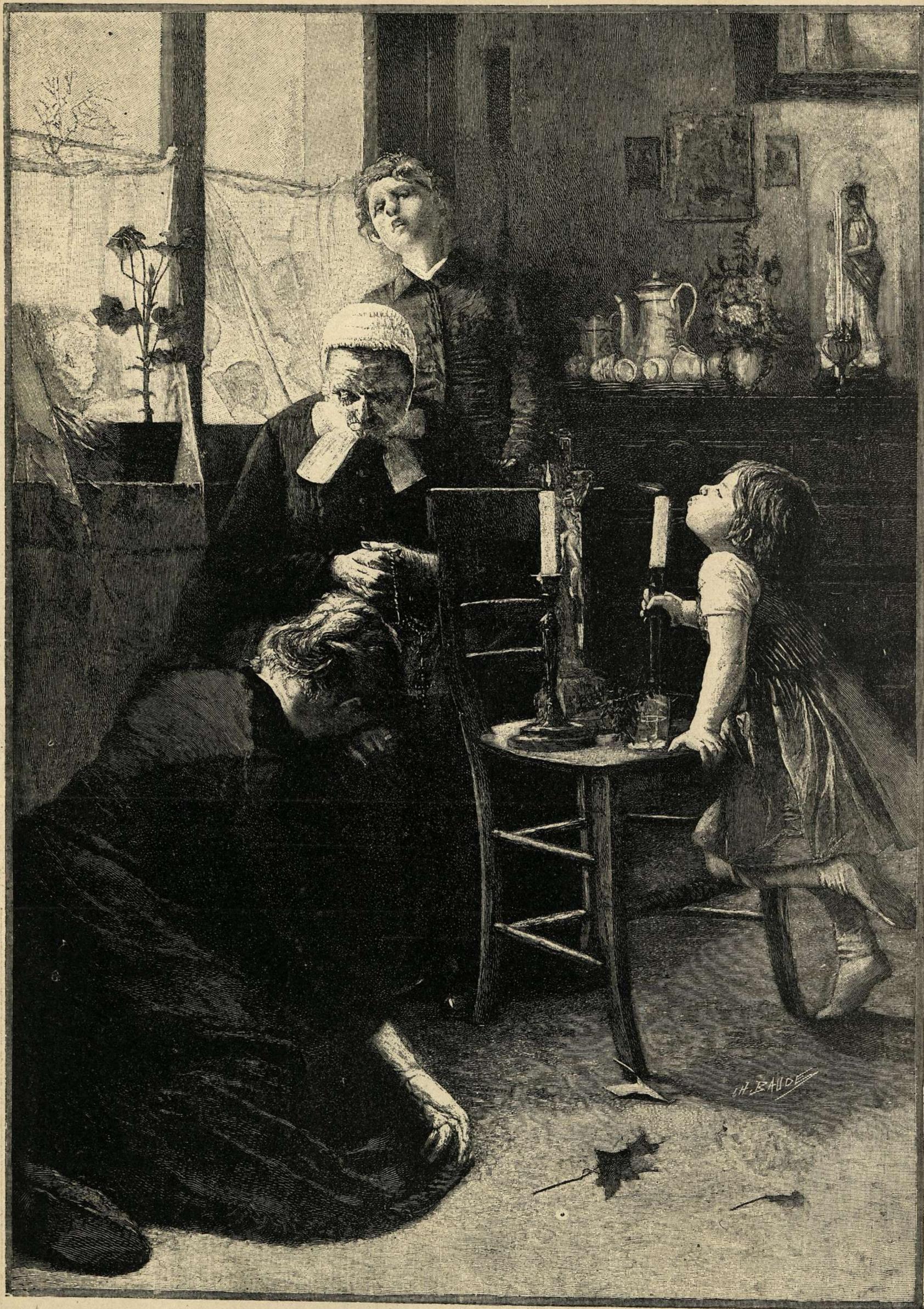
En efecto, si hay ocupación propia para la mujer, es la fotografía: tienen aptitudes y habilidad manual extraordinarias, y sobre todo, pueden servir mejor que un hombre á las damas que se retratan, arreglando ellas mismas su tocado, dándoles la posición propia con una confianza y minuciosidad imposibles en personas de distinto sexo.



LA NUEVA SINAGOGA EN CHEMNITZ.

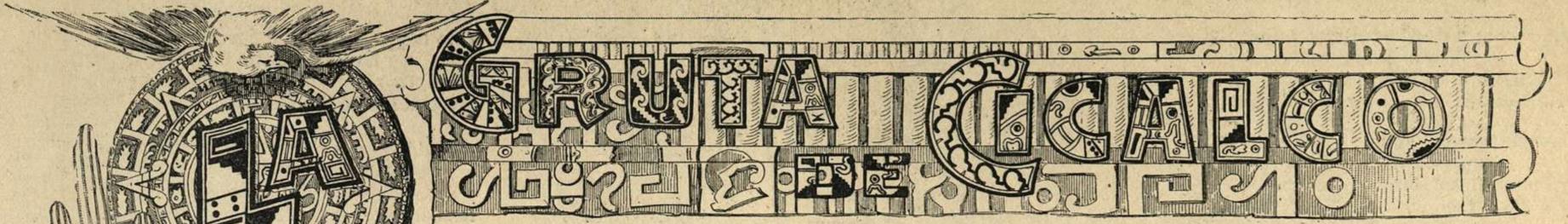


EL TALLER DE FOTOGRAFIA DE TORRES HNOS., CALLE DE LA PROFESA NUM. 2.



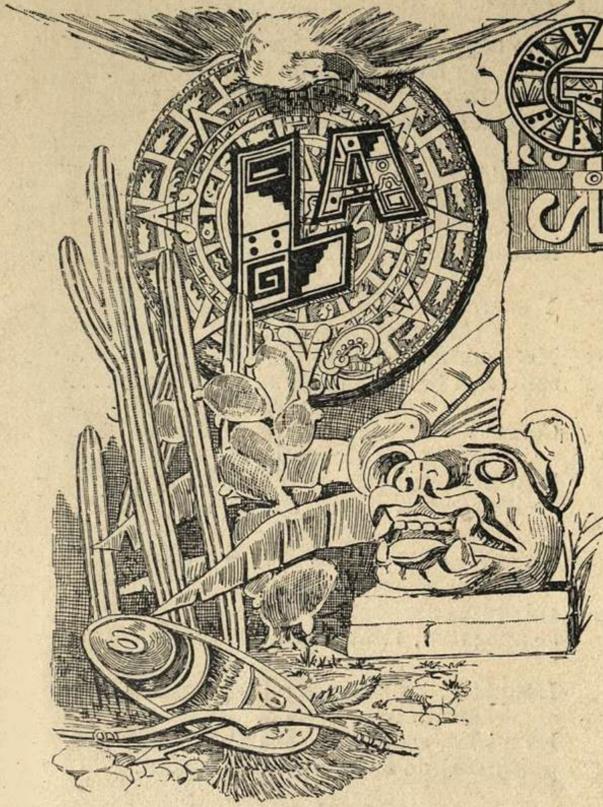
TRISTE AMANECER.

CUADRO DE MLE. ECKERMANS.



(TRADICION MEXICANA.)

A mis amigos Luis González Obregón y Jacobo M. Barquera.



.....ya he hallado á dónde habemos de ir, y todos vosotros conmigo que es en Cicalco.... y si allí entramos, jamás moriremos..... TEZOZOMOC.—Crónica Mexicana. Cap. CIII.

I

Cayó del astro el resplandor purpúreo
sobre las crestas blancas
de los volcanes, resbaló en el hielo,
y fué á besar los nidos y las ramas.

Entreabrió los botones de las rosas
con sus dardos de grana;
y, rodando después sobre los lagos,
ensangrentó las soñolientas aguas.

Y el viejo Tonatiuh de los mexicas,
el sol de tez dorada,
subió al zenit. Sus rayos chispearon
en los teocalis y ruidosas plazas:

«¡Oh diosa de las flores! Coatlantona!
—la multitud cantaba—
Hoy es tu fiesta, diosa de las flores;
la primavera de las cumbres baja!

«Venid, corred, llegad, ramilleteros,
que la diosa os aguarda;
y el teocali de Yopic necesita
que lo adornéis con trémulas guirnaldas.

«Arrancad al arbusto de la chíá
sus flores azuladas;
á la amapola de coral sus pétalos,
y al chícharo sus cálices de nácar.

«Venid, corred ¡cantad! ramilleteros;
el teocali os aguarda....
Hoy es tu fiesta, diosa de las flores;
la primavera de las cumbres baja!»

Y mientras tanto el rey Motecuhzoma....
allá en su rica estancia,
permaneció en silencio, rodeado
de nobles, de bufones y de esclavas.

—«Señor, oh gran señor, oh señor mío!
soy tuyo ¿qué me mandas?—»
dijo el bardo, y el rey Motecuhzoma,
le contestó con despotismo:—«Canta!»....

Ah! decid ¿qué se hicieron las canciones
de aquel bardo de Anáhuac?—
¿Las tiene acaso alguno de los lagos
en sus palacios de cristal guardadas?....

¡Lagos azules, lagos espumosos,
lagos de ondas de plata,
arrojad esas muertas armonías
y en mi lira hallarán vibrantes alas!....

El rey estaba triste, el bardo inmóvil,
en silencio la estancia....
se deslizó un instante, y el poeta,
acercándose al rey, cantó en voz baja:

—«Cerca de Coyoacán, en Atlixucan,
en la tierra sagrada,
está la alegre gruta de Cicalco.
¡La misteriosa gruta del fantasma!

«Cerca de Coyoacán... Nadie la ha visto;
pero dicen que el alma
halla en ella una vida sin anhelos;
una vida feliz que no se acaba!

«Cerca de Coyoacán... ¡Todos lo cuentan!....
De Huemac es morada.
De Huemac, el autor de los placeres,
el que llena de luz todas las almas.

«El toldo de la gruta está tejido
con rosas encarnadas;
y á su entrada se agitan y aletean
papagayos, y mirlos y calandrias.

«Hay en su fondo chozas de diamantes
con techos de esmeraldas;
y hay ídolos de mármol y de oro,
y templos de coral y concha nácar.

«Cerca de Coyoacán... ¡todos lo cuentan!....
¡Es la gruta encantada!....
¡Allí viven cantando, los placeres!
¡Allí está la existencia que no acaba!»—

Calló el bardo, y el gran Motecuhzoma
bajó las regias gradas;
y, sin su corte, triste, pensativo,
con lento paso atravesó la estancia....

Murió la luz. La noche silenciosa
rodó por las montañas.
La soñolienta Mextli—la áurea luna—
mojó en el lago su cendal de plata;

y todavía en las alegres calles,
la multitud cantaba:
«Hoy es tu fiesta, diosa de las flores!
¡La primavera de las cumbres baja!»

II

Una tarde acercóse un sacerdote
al rey Motecuhzoma:
y le dijo:—«Señor, oh señor mío!
han llegado unos hombres á la costa

«Son blancos como el cuello de una garza;
su cabellera es blanca;
y parecen espejos sus ropajes,
y parecen palacios sus canoas.»—

Se alejó el sacerdote lentamente.
La palidez traidora
cayó en la faz del rey. Vino la noche;
y el sueño huyó de la réal alcoba....



El rey sintió temor.... ¡temor!.... Oh lira!
no tiemblen tus estrofas,
que no se mancha el nombre de aquel pueblo
de ese cobarde al invocar la sombra!

Y fué cobarde, es cierto, porque un día,
al despertar la aurora,
llamó á dos de los nobles impaciente
y les dijo con voz pausada y ronca:

—«Arrancadles la piel á diez cautivos
¡que la sangre no ¡mporta!
id á buscar la gruta de Cicalco,
y á Huemac noticiad que el rey lo invoca.

«Ofrecedle las pieles, y decidle
que el gran Motecuhzoma
quiere habitar con él, quiere entregarse
á la vida feliz que no se agota.»—

Pasó el tiempo, pasaron muchas noches
arrastrando sus sombras;
y tornaron por fin los mensajeros
al venir una noche tempestuosa:

—«Cerca de Coyoacán está la gruta;
Huemac en ella mora,
y nos dijo, Señor, oh señor nuestro,
que tu amistad acepta y ambiciona.

«Que te entregues á larga penitencia
que pases muchas horas
nutriéndote con yerbas; sin mujeres,
sin ceñir á tu sien piedras preciosas.

«Que busques en la límpida laguna
una isleta, una roca,
y que en ella con ramas de zapote
una tienda y un trono le dispongas.

«Que él, en Chapultepec, sobre la selva
de ahuehuetes canosa,
á tí se mostrará, para indicarte
que vayas á esperarlo en tu canoa.»—

Subió entretanto, como un ave inmensa,
la nube tempestuosa;
y un relámpago azul mostró á los nobles
la alegre faz del rey Motecuhzoma.



Hizo una seña el rey: todos salieron
con la faz inclinada;
y un poeta acercóse al áureo trono,
con traje humilde y descubierta planta:

¡Tronó la tempestad!... Cruzando el llano,
saltando por las lomas,
huyó el coyotl, el de la piel dorada,
el de aguzado hocico y luenga cola.

La víbora enredó su cuerpo frío
bajo las negras rocas;
el armadillo se ocultó discreto
con rapidez en su armadura córnea;

las gallinas del agua y las garcetas
despertaron medrosas;
y las grullas dejaron los maizales,
y silbó el tecolote entre las frondas.

¡Qué inmensa tempestad!... Cada relámpago
parecía en la honda
inmensidad, una sangrienta flecha
que iba á clavarse en la apiñada sombra!

La lluvia restallaba al estrellarse
sobre las yerbas rotas,
y con sus tenues dardos daba muerte
á las negras y errantes mariposas!.....

¡Qué inmensa tempestad!—Aquella noche
el rey Motecuhzoma
dió á los nobles, en premio, ricos mantos
cubiertos de diamantes y de conchas;

y se alejó después..... Quitó á sus sienes
la brillante corona;
desdeñó los manjares de su mesa,
y, solitario, se encerró en su alcoba.

III

Ochenta veces desató la aurora
sus cabellos de fuego;
y ochenta veces desprendió la tarde,
melancólica y lánguida su velo.

Y el rey, al terminar su penitencia,
con semblante risueño
se presentó á los nobles, y afanoso
arregló los asuntos del gobierno.

Alzó, en seguida, la soberbia frente
interrogando al cielo,
y vió que ya la noche desplegaba
sobre el espacio azul su ala de cuervo.

Clavó después la indagadora vista
en el confín inmenso....
Miró á Chapultepec, al mustio bosque
que entrega al aire sus guirnalas de heno.

Y en ese instante apareció en la selva
una luz, un lucero,
algo como un diamante luminoso
que fué creciendo, sin cesar creciendo...



Y aquella luz acarició las ramas
del ahuehuatl inmenso;
extendió su haz brillante sobre el lago,
y penetró del rey al aposento.....

—«Allí está Huemac—exclamó el monarca—
me aguarda, lo comprendo»—
Llamó á los corcovados y les dijo:
—«Me dispongo á partir; tomad los remos.»—

Motecuhzoma con la piel de un hombre
vistió su oscuro cuerpo;
clavó á su labio una esmeralda inmensa;
se suspendió las arracadas de ébano;

largo plumaje, rojo cual la sangre,
enredó á sus cabellos;
tomó el collar de gruesas amatistas
y las pulseras de encarnado cuero.

—«Allí está Huemac—repitió anhelante—
Corcovados, marchémos»—
Y partió la canoa..... ¡Sollozaron
del triste lago los ocultos genios!.....

Partió....llegó...y allá, bajo la tienda
que los nobles tejieron
con húmedo ramaje, un sacerdote
presentóse ante el rey con torvo ceño.

—«¿A dónde vas?»—le dijo conmovido—
¿A dónde vas? ¿Qué es esto?
¿Acaso el gran monarca del Anáhuac
huye, cobarde, abandonando al pueblo?»

«¿Qué se dirá de tu ciudad bendita,
de la opulenta México;
de México, la garza de los lagos,
la que es el corazón del universo?»

«La gruta de Cicalco, no es un nido
de placeres eternos.
Allí vive el dolor. Allí está el hombre
que da á la noche sus fantasmas de ébano.

«No hay allí más que flores amarillas;
no hay mirlos, no hay gilgueros.
Hay víboras de dientes venenosos
y tecolotes de plumaje negro.»

«¿A dónde vas, Señor?»—El sacerdote
guardó largo silencio;
y arrancó de la frente del monarca
las corvas plumas de color sangriento.

Y entretanto el diamante luminoso
recogió sus reflejos.
Motecuhzoma suspiró vencido,
saltó á la barca, y empuñó los remos.....

Comenzó á amanecer. Alegre el alba,
al inundar los cielos,
hizo palidecer con sus fulgores
de los teocalis el eterno fuego.

La aurora despertó, y al derramarse
sus amorosos besos,
ruborosas abriéronse las flores;
se apagaron, temblando, los luceros.

Los patos, los faisanes y las garzas
levantaron el vuelo,
los mirlos, esponjando sus plumajes,
platicaron de amor sobre los fresnos.

Vino el sol, y al mirarlo, el gran monarca
se ocultó en su aposento.....
¡Allí esperó la noche del futuro,
lívido el rostro y contraído el seño!

.....
.....
¡Ah! decidme: ¿Bajó del áureo trono?
¿Rompí su fuerte cetro?.....
¿Al poner en mi cítara su nombre
se mancharán las alas de mis versos?»

No.... Ved! La Tradición viene á mi lado
y me dice:—Cantemos;
cantemos, que el cobarde desaparece,
bajo los lauros de su heroico pueblo!—

JOSE M. BUSTILLOS.

EN LA SALPETRIERE.

El gabinete de Charcot, en la Salpetriere, una mañana de consulta, hace diez ó doce años. En las paredes, fotografías de sencillas pinturas italianas y españolas representando santos en oración, mujeres extáticas, convulsionarios, demoniacos, la gran neurosis religiosa, como se dice en la casa. El profesor, sentado delante de una mesa, cabellos largos y lacios, frente abultada, labios delgados y altivos, y mirada aguda



brillando en la palidez de su ancha cara. Ir y venir del interno de blanco delantal y gorra de terciopelo, ojos pequeños, invadidos por la barba cerrada. Al rededor de la sala algunos invitados, la mayor parte

médicos, rusos, alemanes, italianos, suecos. Y comienza el desfile de los enfermos.

Una mujer del Var trae á la consulta á su hija, fea, gruesa y baja de cuerpo, con las mejillas llenas de rojas cicatrices. En su traje meridional de domingo, verde y amarillo, el talle se infla y se desborda. La muchacha parece un jarrón informe, caído al fuego, falto de cocimiento. ¿cómo es que *eso* ha podido llegar á ser madre? «En un acceso de epilepsia....» dice Charcot. La mujer del Var, débil y llorosa, nos habla de la *indisposición* de la muchacha, mientras se dirigen á la otra pieza. El profesor se vuelve al interno.

—¿Hay fuego allí? Examinadla y ved si tiene manchas en la piel.

El acento, esa deformidad.....estoy conmovido, y más aún al ver al nuevo paciente,—una niña de quince años, muy aseada, con una toca minúscula, traje de paño color castaño, de rostro candoroso,—el vivo retrato de su padre, fabricante de la calle de Oberkamff, que la acompaña.

En medio de la sala, tímidos, con los ojos bajos, se animan dirigiéndose miradas furtivas. Se les interroga sobre la enfermedad. ¡Qué desconsuelo! Y hay que responder en voz alta, delante de tantos señores, dónde está el mal, cómo es y cómo vino. «A la muerte de su abuela, señor doctor» dice el padre.

—¿La vió morir?

—No, señor, no la vió.

La voz de Charcot se dulcifica al hablar con la niña: «¿Querías mucho á tu abuelita?» Ella responde que sí con un movimiento de la toca, sin hablar, el cuello hinchado por los sollozos. El médico alemán se acerca. Es un especialista que estudia las enfermedades del tímpano, propias de los histéricos; y aco-

modándose sus lentes de oro, y colocando un diapason sobre la frente de la chiquilla, ordena con autoridad: «Dí como yo....*el domingo*....» Nada responde. El sabio triunfa; la enferma no oye.... Yo creo más bien que no comprende lo que dice el alemán. Larga disertación de éste; el italiano echa también su cuarto á espadas y el ruso murmura una frase. Las dos víctimas esperan, olvidadas é inquietas; y cuando el interno, á quien comunico mis dudas, dice en voz baja á la pequeña parisiense: «Repite después de mí....*domingo*....» ella abre sus grandes ojos y repite sin esfuerzo: «Domingo» en tanto que la discusión sobre los desórdenes en los órganos auditivos de los histéricos, continúa.

De pronto el Dr. Charcot se vuelve hacia el padre:

—¿No querría usted dejar aquí á la niña? La cuidaremos mucho....

Oh! el *no* que dice ella, aterrorizada, mirando á su padre, y la tierna sonrisa de éste al mirarla: «No temas nada, querida mía.» Parece que adivina lo que sería su vida en esta casa, sirviendo para las observaciones y experiencias, y tan bien cuidados como lo están los perros en casa de Sanfourche, como esta pobre Daret y todos los demás á quienes se va á hacer trabajar delante de nosotros una vez que la consulta haya terminado.

Daret, una muchacha alta, de treinta años, cabeza pequeña, cabellos ondulados, pálida, delgada, con los ojos húmedos como si acabara de llorar. Daret está en la Salpetriere, como en su casa; lleva una camisa ligera y un pañuelito al cuello.

—Dormidla.... ordena el profesor.

El interno, de pie detrás de la alta y débil criatura, pone las manos un instante sobre los ojos.... Un sus-



piro... ya está hecho... duerme al fin, rígida y recta. Ese triste cuerpo toma todas las posiciones que se le dan; el brazo que se alarga permanece estirado; al tocarle los músculos mueve uno tras otro todos los dedos de la mano que tiene abierta é inmóvil. Es el manequí del taller, el más dócil y más flexible. «No cabe engaño, afirma Charcot, sería preciso que conociera la anatomía tan bien como nosotros.»

Siniestra, la autómatas está de pie, en medio del círculo que le forman con nuestras sillas, dócil á todo mandato, dando á su rostro la expresión correspondiente al gesto que se le ordenaba. Si son los dedos juntos, sobre la boca, simulando un beso, los labios sonrían, y el rostro se ilumina; si cierra el puño con una crispación de amenaza, la frente se pliega, la nariz se hincha con una cólera frenética... «Aun podemos hacer esto»... y el profesor le alza el puño para que golpee dando al mismo tiempo una actitud de caricia á la mano derecha. El rostro entonces gesticula con una doble significación: furiosa y tierna, es una máscara infantil que ríe y llora.

Y el alemán sigue con su diapasón, con su *speculum* auricular, sondeando el oído con una larga aguja.

—No hay que fatigarla, dice el Maestro, id á traer á Balmann.

Pero el interno vuelve solo y contrariado. Balmann no quiere venir, furiosa porque se llamó á Daret antes que á ella. Entre estas dos catalépticas, —sujetos predilectos de experimentación en la Salpetriere, —hay esa rivalidad profesional que sienten las celebridades —disputas, palabrotas, insultos con términos técnicos, una batahola que pone en movimiento el dormitorio.

A falta de Balmann traen á Fifina, cubierta con un largo manto; cutis rosado, boca gruesa, naricilla chata y dedos de costurera picoteados por la aguja. Entra resistiéndose, porque es del partido de Balmann y no quiere trabajar. En vano procura dormirla el interno; llora y resiste toda tentativa. «Que no se la contrarie,» dice Charcot volviéndose hacia Daret qué ha descansado ya y está orgullosa porque vuelve á empezar con ella la sesión. Misterio del sueño cataléptico que forma en derredor de la enferma una atmósfera de ilusión de sueño vivido! Se le muestra una ave imaginaria en las cortinas de la ventana, lo ven sus ojos cerrados con su aspecto propio y sus movimientos ligerísimos; la vaga sonrisa de la hipnotizada murmura: «Qué bonito»... Y creyendo que lo tiene en la mano, lo acaricia cuidadosamente. Pero el interno con voz terrible dice: «Daret, mira ahí en el suelo cerca de tí una rata... una serpiente...»

Al través de sus pesados párpados caídos ve todo lo que le dicen y comienza entonces á hacer ademanes de horror que jamás han igualado ni Rachel ni la Ristori ni Sarah; el clásico sello del miedo humano, siempre idéntico á sí mismo, cruza sus brazos,



conmueve su ser entero en un movimiento de espanto que petrifica la faz pálida, muerta, pues sólo vive en ella la boca que lanza un largo suspiro.

Por favor, despertadla! Pero no hacen sino desviar su visión, mostrándole supuestas flores sobre el tapiz y pidiéndole que haga un ramillete; se arrodilla y siempre dentro de su atmósfera de cristal que basta á romper la orden del interno ó del profesor, ata delicadamente sus dedos con un hilo imaginario que rompe entre los dientes. Estamos presenciando esta pantomima inconsciente cuando oímos un estertor y una tos ronca en el vestíbulo. «Es Fifina que tiene un ataque,» y corremos.

La pobre muchacha, tendida sobre el frío embalsado, echa espuma por la boca, se tuerce, cruza los brazos y enarca el cuerpo poniéndolo casi en el aire.

«Las enfermeras! que se la lleven y la acuesten...» Llegan cuatro mozas robustas y sanas, con sus grandes delantales blancos y una de ellas dice con ingenuidad de campesina: «Sé sujetar, señor doctor...» Y la sujetan, la comprimen, llevan por los patios ese haz de nervios enloquecidos, que gime y se revuelve con la cabeza echada hacia atrás: diríase que es una indemoniada en el momento del exorcismo, como la del viejo cuadro religioso que miro cuando vuelvo al gabinete de Charcot.

Ya habíamos olvidado á Daret que, dormida todavía, seguía cogiendo flores y formando y atando ramilletes.....

* * *

Como con los internos en la caliente sala de guardia, y mientras saboreamos el platillo tradicional y nos sirve el vino una vieja epiléptica, hablamos de magnetismo, sugestión, locura, y yo les cuento á esos jóvenes materialistas un episodio extraño de mi vida, la historia de tres sombreros verdes que compré en Munich durante la guerra de 1866. Eran unos sombrerillos de fieltro duro, color de musgo, con un pájaro en la copa, un pajarillo de alas abiertas y ojos de esmalte; se los dí, pues, al volver á París, á tres compañeros míos, buenos chicos á quienes quería mucho: Charles Bataille, Jean Dubois y Andre Gill. Los tres han muerto locos, y á los tres he visto en épocas distintas delirar con manías que tenían por objeto mis sombreros tiroleses.



Escucharon mi anécdota cortésmente, pero dando á entender con sus sonrisas que la tomaban como una invención de novelista. Después de tomar el café y de fumar, el jefe de clínica de Charcot me propuso dar un paseo por el departamento de las locas. En el inmenso patio de atmósfera invernal, clara y fría, se calientan al sol las pobres locas cubiertas con sus abrigos y acurrucadas en los quicios de las puertas; todas ellas estaban aisladas, silenciosas, privadas de la vida de relación: todas clausuradas dentro de su idea fija, prisión invisible que golpean con sus cabezas á cada choque exterior. Fuera de esto no hay en ellas signos visibles de malestar en su fisonomía tranquila y en sus movimientos racionales. Por la ventana entreabierta de una sala baja, veo una muchacha bonita, con los brazos desnudos y la falda recogida por delante, que friega vigorosamente el suelo: es una loca.

En el patio siguiente, á donde entramos después, había mayor tumulto. Sobre la banqueta bituminosa que corre á lo largo de las celdillas, están sentadas dos muchachas, de saya azul, con los cabellos alborotados; ambas son bonitas y muy jóvenes. La una se ríe á carcajadas, se echa hácia atrás y besa en las mejillas á la idiota triste que está á su lado. Vimos otra muy alta, de movimientos vivos, que caminaba con pasos furiosos, y aproximándose á nosotros le dijo al interno: «¿Qué hago aquí, señor? Usted tal vez lo sabe, yo no lo sé.» Y nos volvió la espalda, continuando su violenta carrera...

Luego nos rodea una multitud curiosa y habladora; una mujer joven, con el vestido corto de pensionista, y blanquísimas cofias de lino, nos cuenta una historia incomprensible, acompañada de ademanes medidos; hay en toda ella un aspecto de felicidad que da envidia. La hermana de Luis XVI (ella es quien lo afirma) vieja de nariz y barba en forma de gancho,

le dice mil tonterías al interno, mientras que por una puerta asoma el rostro largo y terroso de una mujer que nos llama con sonrisa amable, diciéndonos: «Señores, yo pinto, ¿quieren ustedes ver mis obras? pero aguarden á que me ponga antes mi sombrero tirolés, porque no pinto sin mi sombrero tirolés.» Des-



aparece un instante y vuelve á poco con un sombrero verde cuya pluma le daba el aspecto de uno de mis sombreros de Munich. Los internos se sorprenden como yo ante aquella extraña coincidencia, y la desdichada que nos muestra dos ó tres horribles garabatos, se enorgullece de nuestra sorpresa que toma por admiración. Al partir observo en el muro del patio multitud de sombreros pintados al carbón por la loca.

La puerta de entrada está abierta de par en par; el triste rebaño delirante que nos sigue, grita y parece animarse con nuestra partida. Una vez fuera, vuelvo el rostro y veo, en el límite del patio que nadie cierra ni vigila, un ancho rayo de sol, una barra luminosa que hipnotiza á las locas, alineadas, que gritan y gesticulan. Una de ellas, la vieja hermana del rey, con un brazo en alto y el otro en la cintura, en ademán de vivandera, clama en voz baja:

«¡Viva el Emperador!»

Luego patios y más patios, con arbolillos, bancas y locas que bullen al aire helado, se agitan, dando grandes pasos, lúgubres visiones del desequilibrio humano.

—Ya ven ustedes, yo me voy, nos dice una buena mujer, apoyada contra la pared, con un saco de viaje en una mano, y en la otra una servilleta prendida en un bulto; tiene un aspecto bondadoso de parienta de provincia, sonríe á todos los que están en torno de ella diciéndonos adiós. Y eso todo el día desde hace diez años, y quién sabe por cuántos más aún....



TRISTE.

Mano experta en las caricias,
labios, urna de delicias,
senos albos, cabezal
para todos los sueños,
ojos glaucos, verdes mares,
verdes mares de cristal:

Ya sois idas, ya estáis yertas,
manos pálidas y expertas,
largas manos de marfil;
ya estáis yertas, ya sois idos,
ojos glaucos y dormidos,
de narcótico sutil.

Cabecita aurirrizada,
hay un hueco en la almohada
de mi tálamo de amor;
cabecita de oro intenso:
que vació tan inmenso,
¡tan inmenso! en rededor....

AMADO NERVO.

HOJAS.

A MI MADRE.

Sopló el viento... y cayeron en el río!
Miradlas! van en pos de otras orillas;
Esas hojas oscuras son barquillas
Cargadas de rocío.

Los pétalos nevados de las rosas
Fueron alas de blancas mariposas;
Y en las noches de luna, todavía
Por el espacio sienten nostalgia,
Y se esparcen volando misteriosas

Las tersas y lustrosas
Que despiden reflejos
En las noches amantes y estrelladas,
Son bruñidos espejos
Donde se miran con amor las hadas.

De las hojas nevadas
Hacen albums los genios de las flores;
Escriben sus amores,
Sus dulces esperanzas y sus cuitas,
En hojas de gardenias
Y en hojas de plateadas margaritas.

Sobre la turbia linfa del pantano,
Grandes hojas se mecen, medio ahogadas
Suspiran por la vega, por el llano...
¡Pobres hojas! ¡bohémias desterradas!

En la verde pradera
Hay mil hojas que duermen blando sueño,
Llenas de opio, cargadas de beleño:
Las hojas de la suave adormidera.

Cada hoja lleva en su color, su historia:
Las hojas de laurel encierran gloria;
Hojas abandonadas siempre han sido

Las que escalan el muro carcomido;
Las hojas de ciprés y cinerarias
Son hojas funerarias;
Las hojas del saúz son el olvido...

Empuja el Boreas con extraño ruido
Las hojas que se arrastran y se alejan:
Esas hojas dolientes, van llorando...
Esas hojas se quejan.

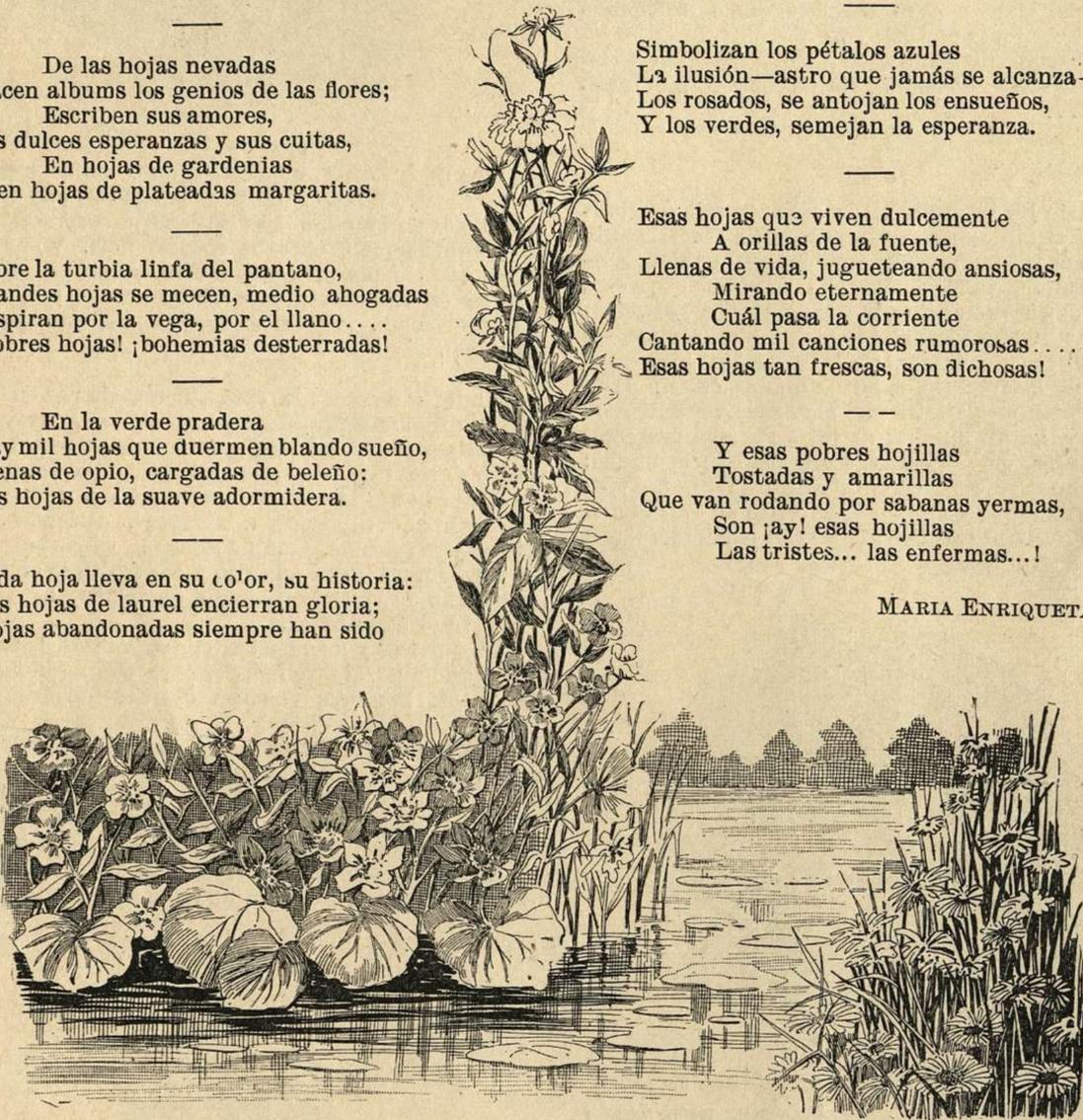
Pasa, leda, la brisa
Entre los negros tules,
O en las hojas de viejos abedules
Va jugando indecisa:
Esas hojas alegres tienen risa.

Simbolizan los pétalos azules
La ilusión—astro que jamás se alcanza—
Los rosados, se antojan los ensueños,
Y los verdes, semejan la esperanza.

Esas hojas que viven dulcemente
A orillas de la fuente,
Llenas de vida, jugueteando ansiosas,
Mirando eternamente
Cuál pasa la corriente
Cantando mil canciones rumorosas...
Esas hojas tan frescas, son dichosas!

Y esas pobres hojillas
Tostadas y amarillas
Que van rodando por sabanas yermas,
Son ¡ay! esas hojillas
Las tristes... las enfermas...!

MARIA ENRIQUETA.



EL VINO DE LOS AMANTES.

(BAUDELAIRE.)

El espacio está espléndido y sereno!
Sin espuelas, sin látigo, sin freno,
Partamos á caballo sobre el vino
Para un cielo de luz, puro y divino.

Cual dos ángeles blancos que tortura
Una ardiente, implacable calentura,
Entre el cristal azul de la mañana
Raudos sigamos la visión lejana!

Mecidos sobre el ala, muellemente,
Del veloz torbellino inteligente,
En un delirio igual, delirio hermoso,

Flotando juntos, de la dicha dueños,
Huiremos, alma mía, sin reposo
Al azul Paraíso de mis sueños!

CARLOS ORTIZ.

MIGNONE

Bohemia ¿qué vendes en tus correrías,
Bajo el rojo fuego de los medios días?

¿Son los dos carbunclos de tus negros ojos,
O las coralinas de tus labios rojos?

¿Son las finas ágatas de tus dedos plenos,
O las gemas rosas de tus breves senos?

¿No vendes tu cuello, bruñida espinela,
Ni tu gracia impúber de inquieta gacela?

¿No vendes los besos, no vendes la loca
Cabellera bruna que alberga tu toca?

¿Qué vendes, bohemia, en tus correrías,
Bajo el rojo cálido de los medios días?

MIGUEL ESCALADA.

BALADA EN PROSA DE HENRY MURGER.

El primer pecado de Margarita.

I

Margarita era su nombre y en el aParaíso se la esperaba, porque Dios había dicho: Es una excelente alma, y como allá abajo, fácil sería que la hiriera una desgracia, la habré de llamar uno de estos días según lo he pensado.

Era en verdad una moza humilde y dulce y se la llamaba comunmente el angel del lugar.

Matinal como el alba y fresca como ella, todos los días al despertar, rezaba la oración que su madre le había enseñado y en seguida se vestía en su alcoba, entregándose á las ocupaciones de la vida doméstica.

Pero al fin la necesidad obligóla y para vivir honestamente, entró á un obrador.

Y cigarra y abeja, trabajaba al por que cantaba.

Era una vieja canción de gloria y de amor que se había mecido sobre muchas cunas y cuyos versos podían acariciar un alma inocente sin turbar su limpidez.

II

Una tarde de estío Margarita estaba sentada á la puerta de su casa hilando el lino doméstico.

Era la hora en que se encienden los astros en el cielo y sirven de señal á los amantes, que corren á la cita con piernas ágiles de veinte años y llegan antes de la hora; porque el corazón adelanta siempre el reloj.

Margarita cantaba su canción haciendo girar la rueca.

Cuando pasó ante ella una de sus vecinas que se dirigía á la próxima fiesta. Llevaba traje nuevo, y corría, llamada por los tamboriles cuyo sonido traía el viento.

Pero se detuvo delante de Margarita, para que viese su nuevo vestido, y su collar y sus pendientes.

Y le dió la mano para que pudiese ver un anillo que brillaba en su dedo.

Después se alejó riendo.

Y Margarita la siguió con la mirada, lo que inquietó á su ángel bueno.

Y el lino se deslizaba menos rápidamente entre los dedos de Margarita y la rueca no dejaba escapar su ruido monótono y el huso cayó de sus manos.

III

Y como el ruido que había producido al caer hizo salir á la joven de su ensimismamiento, al levantar los ojos vió á un joven con el fieltro en la mano. En el chambergo flotaba una pluma temblante como una llama. El joven era un caballero magníficamente vestido que le dirigió un respetuoso saludo y con voz dulce y galante le preguntó:

¿El camino de la ciudad?

Margarita se lo enseñó y extendió la mano para mejor indicarle el rumbo que había de seguir.

El extranjero entonces se inclinó y en recompensa del servicio que acababa de hacerle, quitó de su dedo un anillo de oro en el que estaba engastado un diamante que resplandecía como una estrella y lo colocó en el dedo de Margarita, la cual encontró el diamante más bello que el de su compañera.

Y el semblante del caballero se iluminó por una sonrisa extraña.

IV

Pero sucedió entonces que un mendigo vestido de andrajos se detuvo también delante de Margarita y con voz lastimera exclamó:

—Una caridad, hermosa señorita.

Margarita quitó el anillo de su dedo y lo dió al pobre.

El extranjero exhaló un grito de rabia y tendió la mano hacia la hermosa niña.

Pero el pobre—que no era otro que el ángel guardián de Margarita metamorfoseado,—la cubrió con sus alas.

Y Satanás que iba á tentarla retrocedió ante el espíritu celeste.

Y esa misma tarde, el ángel guardian fué á contar lo sucedido al buen Dios.

—Señor, bueno sería llamarla.

Y Dios respondió:

—En efecto lo pensaré.

Pero al día siguiente no lo pensó más.

V

Y un año después, Margarita, al salir de la iglesia, encontró un joven que le ofreció agua bendita.

Y tenía un corazón de niño y un espíritu secular. Y se llamaba Fausto.



Páginas de la Moda



FIG. 1.—GRUPO DE TOILETTES PARA CASA.

Conocimientos útiles.

Manera de desecar flores.

No todas las flores se prestan á la conservación por medio del desecado; las rosas, pensamientos, margaritas el senvita trepador, la violeta, la amarantina cocinea, la naranja y globulosa son más á propósito que otras especies.

Se cortan de la planta antes de que hayan abierto absolutamente su corola, casi en el estado de capullo, tratando de que tengan un buen trozo de tallo para sujetarlas; la operación se hace por la tarde.

Se atan por parejas para poderlas colgar de un hilo dentro de la caja, de modo que no se toquen una á otra.

Luego debajo como 0,50 ó 0,60, se coloca una ligera capa de azufre cerrando la caja y se dejan doce

horas para que se saturen bien de los vapores azufrados; entonces se nota un ligero cambio de colores.

Las rojas se vuelven blancas, pero el color primitivo vuelve al cabo de dos ó tres días.

Si los pétalos conservasen todavía alguna humedad, habrá necesidad de cerrar nuevamente la caja hasta que sequen.

Deberá tener la caja un ventanillo de cristal para las observaciones.

Luego se pone en una habitación bien seca y oreada, teniendo cuidado de que no penetre el sol ni baje su temperatura hasta cero, siempre, por supuesto, colgadas sin contacto mútuo.

Sin más preparación se forman ramos del mismo aspecto que recién cortados y que sirven para conservarlos largo tiempo.

Las rosas blancas thé no dan buen resultado; las margaritas pequeñas son mejores que las grandes.

Para conservarlas pueden encerrarse las cajas entre capas de arena fina dejando los pedúnculos al aire por las crillas.

MANTECA REQUEMADA.

Para hacer bien esta salsa, empezad por dorar la harina en la manteca ó en la grasa, hasta que haya tomado un bonito color rojizo, evitando sobre todo que se queme, y meneándola continuamente. Tapad entonces la cazuela exactamente y metedla debajo del hornillo, dentro de ceniza caliente; la salsa, sin peligro de que se queme, continuará haciéndose, lo que exige media hora larga. En este intervalo, retirad de vez en cuando la cazuela de la ceniza y menead bien el contenido, colocándola de nuevo en su sitio. La harina cocerá bien de este modo sin quemarse, y la salsa, del mejor color posible, no habrá contraído acritud alguna; mojadla con caldo consumado ó salsa del guisado que se prepara. Este es el único método que hay para hacer una buena requemada de manteca.



FIG. 2.—DOS TOILETTES DE PASEO.

NUESTROS GRABADOS.

FIG. 1.—GRUPO DE TOILETTES PARA CASA.

Son cuatro figurines de alta novedad todos. El primero de sarga azul oscuro, con aplicación de satín en plisés verticales, y adornado de gusanillo en bandas paralelas formando triángulos. El segundo de muselina *pointillé* figurando yacquette abierto sobre

una aplicación de guipure y con solapa redonda doblillée de satín. El tercero lleva una falda caprichosa de seda á grandes flores y blusa de batista con tableados que alternan con los anges de cinta de seda. El cuarto es un modelo de calle, formando túnica abierta en el costado izquierdo sobre un carrujado de muselina y con gran aplicación de guipure en el cuello.

FIG. 2.—DOS TOILETTES DE PASEO.

Las dos formando túnica abierta en ángulo al frente, sobre una falda inferior ya de tableritos horizontales como la primera, ya de aplicación como la segunda, en la cual esta aplicación se repite sobre la falda y cubre por completo el cuerpo. Ambos son modelo parisien-se en boga.

FIG. 3.—UN HERMOSO GRUPO DE ROPA DE BEBE.

Formado por un frock de muselina para niña de 4 á 5 años, que muestra el delantero y la espalda, y por otro de batista puntillée, muy desceñido.

FIG. 4.—DOS HERMOSAS BLUSAS. De batista, de hechura muy sencilla, la primera con adorno de cinta negra enjaretada y la segunda espigueada á lo largo. Corbatas y cuellos fantasía.

FIGURA 5.

Como labor para damas, muy graciosa, damos un nuevo modelo de meseta de estorbo con tapicería muy elegante á grandes motas y hecha en madera bruta de muy bonito efecto.

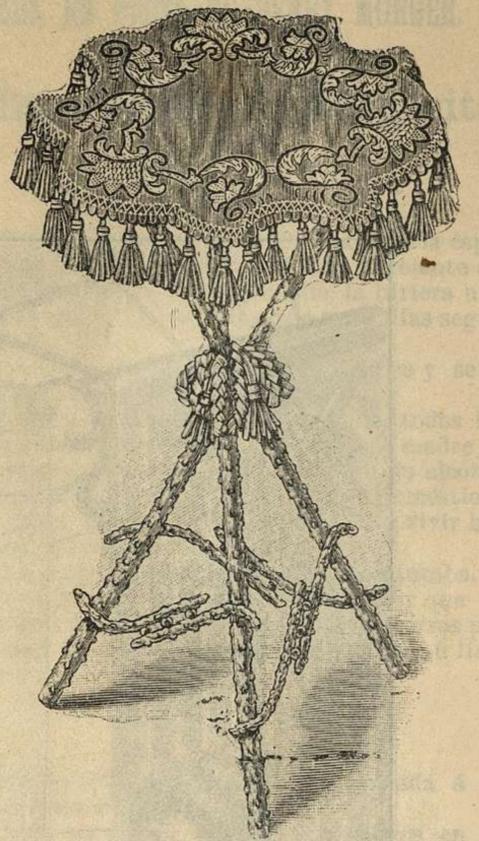


FIG. 5.

**Otro pago de \$5,000 de "LA MUTUA"
En Ciudad Porfirio Díaz, Coah.**

Un timbre por valor de \$5.00 cs. debidamente cancelado.

Recibimos de «The Mutual Life Insurance Company of New York» la suma de 5,000. cs. plata mexicana, en pago total de cuantos derechos se derivan de la póliza núm. 683,535 bajo la cual estuvo asegurado el finado señor Lázaro Hernández, y para la debida constancia en nuestro carácter de beneficiarios los dos primeros: el señor Benavides como tutor de los menores, Nicolasa, Márcos, Apolinar y María Serapia; y el señor Farías como tutor de los menores, Luis, Alfonso, Rafaela, María de Jesús, Carlos, Esteban, Antonio, Joselyn y Delfina, también beneficiarios nombrados en la póliza, extendemos el presente recibo en la misma póliza que se devuelve á la Compañía para su cancelación en Ciudad Porfirio Díaz, Coahuila, á 22 de Marzo de 1899.

Firmados.—LAZARO J. HERNANDEZ.—M. BENAVIDES.—F. FARIAS.—NICOLASA B. V. DE HERNANDEZ.—Rúbricas.

Un timbre de 50 cs. debidamente cancelado.

El C. Lic. Salvador Garza Castellón, Notario Público en ejercicio, Certifico: que las firmas que anteceden, son respectivamente de la señora Nicolasa Barrera Vda. de Hernández, y de los Sres. Lázaro Jacinto Hernández, Márcos Benavides y Trinidad Farías, y que en mi presencia firmaron el anterior documento y ratificaron el contenido de dicho recibo dando fe de conocer á dichas personas mencionadas y de que las firmas referidas son las que usan en todos sus negocios.

C. Porfirio Díaz, 22 de Marzo de 1899.

Firmado.—LIC. SALVADOR GARZA CASTILLON, N. P.—Rúbrica.



FIG. 3 — UN HERMOSO GRUPO DE ROPA DE BEBE.

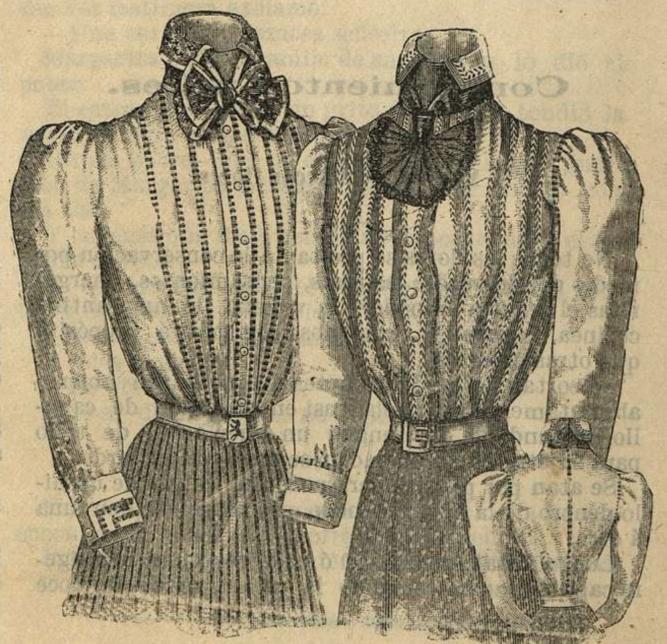


FIG. 4.—DOS HERMOSAS BLUSAS.